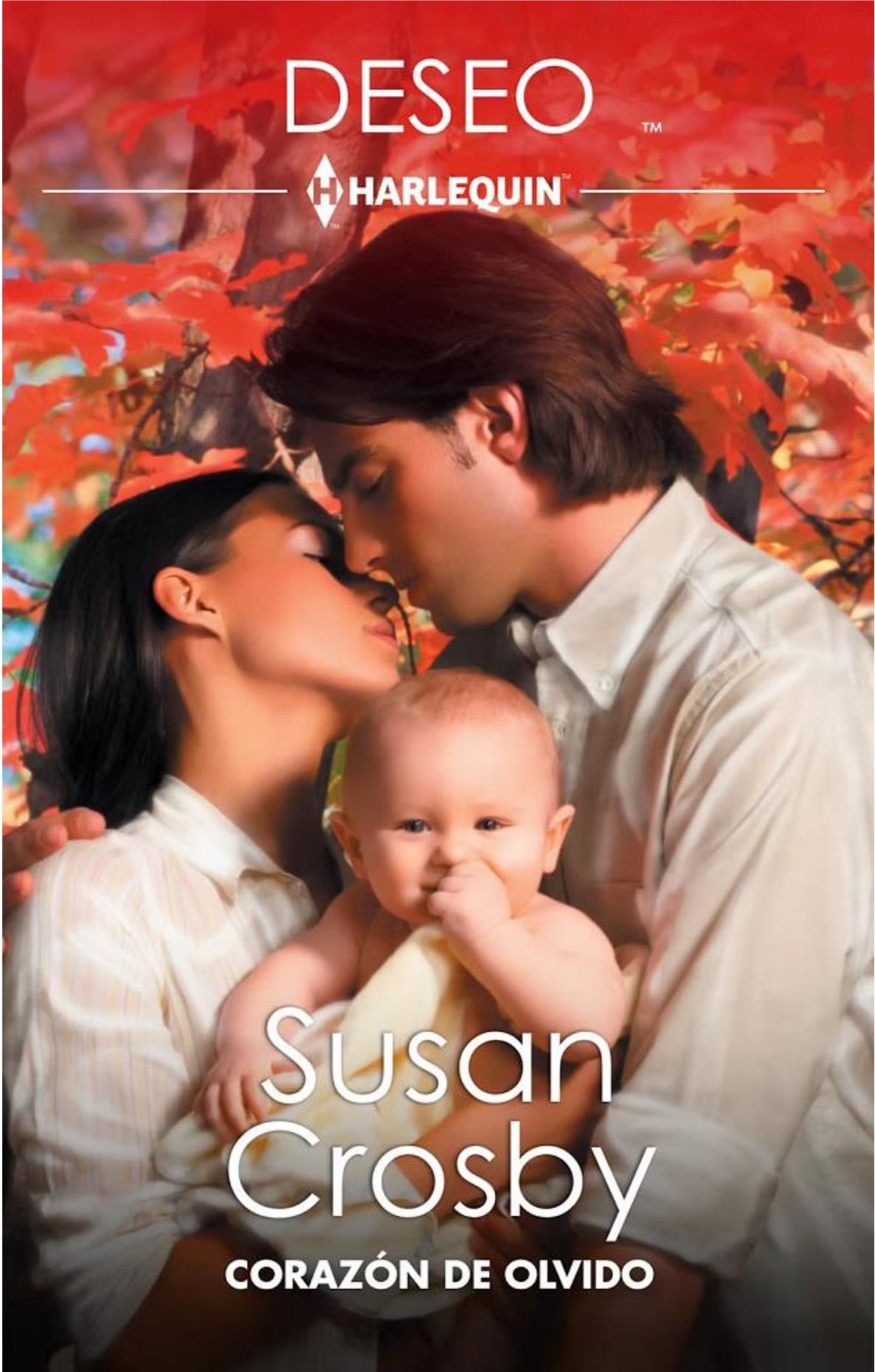


DESEO <sup>TM</sup>



Susan  
Crosby  
CORAZÓN DE OLVIDO

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Heath Raven llevaba años alejado del mundo, pero su autoimpuesto aislamiento no le había impedido tener un hijo. Desesperado por encontrar al pequeño, contrató a una investigadora privada llamada Cassie Miranda, una mujer sensual que despertó el deseo que durante tanto tiempo se había negado a sí mismo.

Cassie intentó que su relación con Heath fuera estrictamente profesional, pero después de encontrar a su hijo, no soportaba la idea de marcharse de su lado...

## *Capítulo 1*

Cassie Miranda sintió un escalofrío mientras entraba con su coche por el camino de Wolfback Ridge. Aquel sitio daba miedo, pensó. ¿Dónde estaban el cielo azul y la temperatura agradable que la habían seguido desde el Golden Gate hasta Sausalito?

Hasta unos minutos antes, aquel día de septiembre parecía de postal. Uno de esos días en los que los fotógrafos no paraban de retratar la bahía de San Francisco y los ejecutivos dejaban de trabajar para irse a ver un partido de los Giants.

Pero entonces, sin avisar, el cielo se había cubierto de nubes. Justo encima de Wolfback Ridge. Cassie miró por el retrovisor. Como imaginaba, atrás había dejado un cielo completamente azul.

Entonces vio la casa, una edificación de cristal y madera con una vista espectacular de San Francisco y el puente más famoso del mundo... si la vista no estuviera tapada por el tupido bosque que rodeaba la propiedad. Ningún rayo de sol podría penetrar ese tupido follaje.

Estaba claro que su nuevo cliente requería una anormal privacidad.

A ella no le importaban las excentricidades... hasta cierto punto. Si quisiera ver gente normal todos los días no sería investigadora privada.

Cassie aparcó bajo un árbol retorcido que parecía tener más de cien años. Siendo una chica de ciudad, pensó que sería un roble, pero lo único que ella sabía de robles era que daban bellotas. Y no veía ninguna bellota por allí.

Tomando el maletín y la chaqueta, salió del coche. Todo estaba en silencio. Un silencio ominoso. Como si los pájaros temieran llamar la atención.

Cassie miró alrededor mientras se ponía la chaqueta y un escalofrío recorrió su espalda. Alguien la estaba observando.

—Era una oscura noche de tormenta... —murmuró, intentando tomárselo a broma. Pero no le hizo ninguna gracia.

Suspirando, se sacó la trenza, aprisionada por la chaqueta, y la dejó caer sobre su espalda. Que los pájaros no cantasen la hizo pensar si habría algún animal salvaje por allí... La presencia de un depredador haría que los

pájaros se quedaran en silencio, ¿no? Al menos, eso era lo que pasaba en las películas.

Un lobo quizá. Al fin y al cabo, aquel sitio se llamaba Wolfback Ridge, la sierra de los lobos.

Cassie miró hacia la casa. Los cristales eran oscuros. ¿Estaría observándola su cliente? Incluso su nombre sonaba gótico: Heath Raven.

Debía ser un hombre oscuro y misterioso, quizá incluso desfigurado. Atormentado.

No, tonterías. Cosas de su imaginación. Su jefe, en Los Angeles, le había asignado el caso: una persona desaparecida. Habló con el cliente por teléfono y parecía normal. Y cuando buscó su nombre en Internet comprobó que era un arquitecto muy conocido. No podía ser tan raro.

Se acercó a la casa, sus botas crujendo sobre el camino de grava. La masiva edificación impedía toda posibilidad de que allí penetrara algún rayo de sol.

Cassie confiaba en su instinto y su instinto le decía que se diera la vuelta y saliera corriendo, que el hombre que vivía en aquella extraña casa de cristales oscuros iba a conseguir despertar sus demonios personales, los que llevaban años escondidos. Pero justo en ese momento la puerta se abrió.

El hombre que vio en el porche no estaba desfigurado. No, pero era como había imaginado: alto, moreno, con el pelo un poco demasiado largo, facciones angulosas, ojos de color verde claro, penetrantes, y sí, atormentados.

Delgado, pero con un cuerpo fibroso.

—¿Señorita Miranda? —preguntó él, con una voz perfectamente normal.

—Sí, buenas tardes —contestó ella, ofreciéndole una tarjeta que la identificaba como Cassie Miranda, de ARC Seguridad e Investigación.

—Yo soy Heath Raven. Entre, por favor.

Llevaba vaqueros y un polo de color rojo. Un atuendo normal.

Sin embargo, no había nada normal en aquel hombre.

La casa estaba tan silenciosa como una celda. Los muebles del salón parecían nuevos, como la chimenea, que no debía haberse encendido nunca. Los enormes ventanales deberían dejar pasar la luz. Pero no había

luz en aquella casa. Era oscura y triste... especialmente triste, como si estuviera de luto.

Cassie sacó cuaderno y bolígrafo del bolsillo y se sentó en el sofá.

—¿Quién es la persona desaparecida, señor Raven?

—Mi hijo. Mi hijo ha desaparecido —contestó él, apretando los dientes.

Cassie levantó la mirada. ¿Su hijo, un niño? Aquél no era un caso para su empresa, sino para la policía.

—¿Qué ha dicho la policía?

El negó con la cabeza.

—Pero si su hijo ha desaparecido...

—La mujer que está embarazada de mi hijo ha desaparecido dejando una nota —explicó él entonces—. Y la policía no quiere hacer nada porque ella es una adulta y se ha marchado voluntariamente.

Parecía furioso. ¿Con la mujer o con la policía? En cualquier caso, era comprensible.

—¿Puedo ver la nota?

Él salió un momento de la habitación y Cassie aprovechó para respirar a gusto. Si hubiera sabido que se trataba de un niño... No, hubiera ido de todas formas. Pero le habría gustado estar preparada. Cuando había un niño de por medio, los casos solían ser agotadores y, en general, deprimentes.

Heath Raven volvió unos segundos después.

—Aquí está la nota —murmuró, ofreciéndole un papel de color rosa.

*Querido Heath,*

*Tengo que pensarme todo esto. No me busques. Yo te llamaré.*

*Eva*

*No era exactamente una carta de amor, pensó Cassie.*

—¿Cuándo la recibió?

—Llegó esta mañana en el correo.

—¿Es su esposa?

—No. Estuvimos juntos una sola noche, hace ocho meses. Le pedí que se casara conmigo varias veces, pero me dijo que no.

—¿Por qué se ha marchado?

—No la he maltratado, si eso es lo que piensa —contestó él.

—Sólo estoy intentando entender la situación. Ese es mi trabajo.

Él se pasó una mano por la cara, impaciente.

—Yo no salgo mucho. En general, la gente viene aquí cuando necesito algo. Eva trabaja como secretaria en el bufete de mi abogado y solía venir por aquí para traerme documentos. Después de casi un año viéndola una vez a la semana, nos acostamos juntos. Una vez. Y quedó embarazada.

—¿Cuándo nacerá el niño?

—En tres semanas —contestó él, moviéndose por la habitación.

—¿Está seguro de que es suyo?

Heath Raven vaciló un segundo.

—No tengo razones para creer otra cosa.

Cassie estaba segura de que había pensado en ello más de una vez. Pero parecía convencido.

—Muy bien. ¿Sabe usted dónde podría haber ido?

—No tengo ni idea. Solía venir por aquí un par de veces por semana, me contaba lo que le había dicho el ginecólogo, charlábamos un poco... Eso es todo. No he hecho nada que la obligase a desaparecer. Ella aceptó compartir la custodia del niño conmigo. Teníamos una relación amistosa.

¿Una relación amistosa? Eso sonaba un poco raro.

—¿Le da usted dinero?

—Sí.

—Voy a necesitar más detalles, señor Raven.

—Señorita Miranda, Eva va a tener un hijo mío y quiero que el niño esté bien cuidado. Eso empieza en el embarazo. Yo quería que viniera a vivir aquí, pero Eva se negó, de modo que le ofrecí dinero para que fuera al mejor ginecólogo. Si quiere, le mostraré una copia de los cheques... pero, ¿qué importa eso?

—Importa porque establece un patrón. Quizá se ha marchado porque pretende sacarle más dinero manteniendo al niño como... rehén, digamos.

En la carta dice que se pondrá en contacto, pero usted ha llamado a mi agencia. Si confiara en ella, sencillamente esperaría.

El apartó la mirada, apretando los puños. Las emociones de aquel hombre, apenas contenidas, la fascinaban.

—Hace tres años mi hijo murió. Mi único hijo. No quiero perder también a este niño.

Su dolor rompía la habitación como un lamento y Cassie asintió con la cabeza, comprensiva. Tenía veintinueve años y había visto mucho sufrimiento en su vida, pero nada tan terrible como perder un hijo.

Su propio sufrimiento... no, no pensaría en ello.

—Le ayudaré —dijo por fin.

—Gracias.

—¿Qué cree que quería decir Eva con esa nota?

—No tengo ni idea.

—¿Tenía novio?

—No, que yo sepa.

—¿Y familia?

—Eva no solía hablar de su vida. Sé que sus padres viven en la costa Este, pero nada más.

—Muy bien. Ya tenemos algo, pero necesitare más información. Su apellido, su dirección... Todo lo que sepa de ella.

Heath Raven asintió.

—Vamos a mi estudio.

Cassie lo siguió por una escalera hasta una enorme habitación con dos mesas de dibujo llenas de planos y varios ordenadores.

Una de las paredes era enteramente de cristal. Y estaba cubierta por persianas. Y todas las persianas estaban bajadas.

Heath agradecía la eficiencia de Cassie Miranda. Incluso antes de que empezara a hacerle preguntas, vio que era una persona que prestaba atención a los detalles. Su camisa blanca bien planchada y los vaqueros nuevos le decían que era una persona meticulosa, organizada.

Y también estaba llena de energía. Se movía rápido, hablaba rápido, pero sabía qué preguntar.

No podía decir que hubiera elegido bien porque él había llamado a la agencia preguntando por su jefe, Quinn Gerard, pero Gerard estaba fuera de la ciudad, por eso estaba ella allí.

Era alta y tenía presencia. Con las botas vaqueras le llegaba por encima del hombro. Y él medía más de metro ochenta y cinco. Llevaba el pelo, castaño, sujeto en una trenza que le llegaba casi hasta la cintura. Sus ojos, de color azul oscuro, podían ser perspicaces o comprensivos. Se llevarían bien.

En aquel momento, estaba anotando algo en su cuaderno. Se había quitado la chaqueta de cuero, que colgaba del respaldo de una silla, y llevaba una cartuchera... con una pistola. No había esperado eso, pero no sabía por qué le sorprendía. Si Quinn Gerard hubiera aparecido con una pistola le habría parecido normal.

—¿De qué marca es la pistola?

—Sig Sauer. Calibre cuarenta.

—¿Sabe usted disparar?

—¿Usted qué cree? —sonrió ella. Parecía muy segura de sí misma y eso le gustó—. No la llevo siempre conmigo, pero no sabía qué iba a encontrarme.

—Ya.

—Muy bien... —dijo ella entonces, golpeando el cuaderno con el bolígrafo—. Dice que Eva trabaja en el bufete de su abogado.

—Así es. Está de baja por maternidad desde hace unos días.

—Qué pronto, ¿no? Ahora, las mujeres trabajan prácticamente hasta que rompen aguas.

—No sabría decirle.

Su ex mujer había dejado de trabajar cuando se casaron.

—¿Es un bufete importante?

—Torrance y Torrance.

—Ah, muy importante —murmuró Cassie—, Yo trabajé para Oberman, Steele y Jenkins durante cinco años como investigadora privada, así que conozco bien los bufetes de San Francisco. Oberman se dedica al derecho penal y Torrance al derecho civil, pero deben operar de la misma forma.

—Es posible.

—Supongo que Eva tendría amigos en la oficina... en un bufete tan grande debe haber por lo menos uno o dos compañeros con los que saliera a comer. Lo comprobaré.

—No puede hacer eso.

—¿Qué?

—No puede hablar con la gente del bufete.

—Pero tengo que hacerlo...

—No.

—¿Por qué?

—Porque nadie sabe nada de nuestra relación. En Torrance y Torrance tienen unas reglas muy estrictas sobre las relaciones entre empleados y clientes. La despedirían.

—¿Nadie sabe que usted es el padre del niño?

—No.

—Ah, ya veo.

—A Eva le gusta mucho su trabajo. No quiero causarle problemas.

—Ya... muy bien, por el momento dejaremos eso. ¿Sabe dónde vive?

Heath le dio una tarjeta y Cassie anotó la dirección en su cuaderno.

—Vive con una compañera de piso, Darcy. No sé cómo se llama de apellido.

—¿Ha estado en su casa?

—No.

—Entonces, ¿esa noche es lo único que hubo entre ustedes? ¿No salieron nunca juntos?

—Nunca —dijo él. Admitirlo hacía que sonara sórdido. Y no había sido sórdido. Él no se había aprovechado de Eva. Ella estaba interesada, más que eso. En realidad, había ido detrás de él.

Cassie miró la tarjeta de nuevo.

—¿Este es su número de teléfono?

—Sí, es un móvil.

—Supongo que la habrá llamado.

—Está apagado. Todo el tiempo.

—Muy bien —Cassie anotó el número y le devolvió la tarjeta—. ¿Le ha hablado alguna vez de sus amigos?

—De una chica que se llama Megan. Y de un chico que se llama Jay.

—¿Qué le ha contado de ellos?

—Que es la gente con la que sale los fines de semana.

—¿No cree que Jay podría ser su novio?

—No hablaba de él como si lo fuera —a Heath le gustaba cómo hacía las preguntas, una tras otra, como si siempre fuera un paso por delante.

—Ha dicho que sus padres vivían en la costa Este. ¿Le dijo sus nombres?

—No.

—¿Sabe si tiene hermanos?

—Una hermana, Tricia. Mayor que ella. Tiene tres hijos. Eva la llamaba para pedirle consejo sobre el embarazo. Decía que no podía hablar con nadie más.

—¿Su hermana vive por aquí?

—No tengo ni idea.

Cassie lo miró, en silencio.

—Sé que debería saber algo más sobre la mujer que va a tener un hijo mío, pero... no es que no le hiciera preguntas, es que a Eva no le gusta mucho hablar sobre sí misma.

—Tenía secretos.

Que fuera una afirmación y no una pregunta confirmó sus miedos. Heath siempre había sabido que no podía confiar en Eva. Era una distracción cuando la necesitaba... o eso pensó. Al final, se había equivocado, pero eso no lo libraba de su responsabilidad.

—Era como si... como si quisiera parecer misteriosa para mantenerme interesado.

—¿Y lo consiguió?

Heath lo pensó un momento.

—Hasta cierto punto. La intriga despierta el interés, pero empezaba a cansarme.

—Sí, claro. ¿Sabe si tiene estudios universitarios?

—Está estudiando dirección de empresas. El bufete le paga los estudios y podía ir a clase durante las horas de trabajo —contestó él, ofreciéndole una hoja de papel—. Este es su coche, con el número de matrícula.

—¿Quién es su ginecólogo?

Él le dio otra tarjeta en la que también estaba anotado el nombre del hospital en el que daría a luz.

—¿Ha ido usted con ella a las clases de parto sin dolor? ¿Piensa estar con ella durante el parto?

—No y no.

—¿Ha ido con ella al ginecólogo alguna vez?

—No.

Había estado a punto, cuando iba a hacerse la primera ecografía, pero cambió de opinión cuando estaba en la puerta.

Cassie golpeó el cuaderno con el bolígrafo.

—Dice que no sale mucho, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Sale *alguna vez*, señor Raven?

—Heath, por favor. Llámame de tú. Y no, no salgo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres años.

No había salido de casa desde que perdió a su hijo.

—Y tampoco subes las persianas.

—No.

Cassie Miranda no preguntó por qué, pero si lo hubiera hecho él no habría contestado. No era asunto suyo.

—Muy bien. Tengo suficiente para empezar. Aunque necesitaría una fotografía. ¿Tienes una fotografía de Eva?

El le dio una carpeta.

—Muy joven.

—Veintitrés años. Yo tengo treinta y nueve. Sí, es muy joven —dijo Heath Raven. Y no tenían nada en común—. También hay una copia de la ecografía...

—Ah, no había visto nunca una de estas.

—Eso es la nariz, la barbilla, los brazos, las piernas...

Cassie sonrió.

—Si tú lo dices... ¿Sabes si es niño o niña?

El señaló el papel.

—Tiene las piernas cruzadas.

—O no hay nada que ver. Podría ser una niña.

—Podría ser.

Cassie cerró su cuaderno y él le dio un sobre con un cheque para los primeros gastos, como habían quedado por teléfono. Luego, bajaron la escalera en silencio.

—¿Estás enamorado de ella? Como si él creyera en el amor...

—No.

—Pero te habrías casado con ella.

—Así es.

—Hay una cosa que quiero que hagas —dijo Cassie entonces—. Es posible que tengas que salir de casa en algún momento debido a la investigación, quizá para ir conmigo a algún sitio o para quedar con Eva si ella te llama. ¿Podrías hacerlo?

—Sí —contestó él. Haría cualquier cosa por su hijo. Cualquier cosa. Incluyendo llevar a Eva a los tribunales para exigir la custodia del niño. Evidentemente, no estaba preparada para ser madre—. ¿Qué puedo hacer mientras tanto?

—Deja que empiece a investigar. A veces estas cosas se solucionan solas en unos días. Pero si te acuerdas de algo que pueda ser importante, llámame.

Cassie le ofreció su mano y Heath la estrechó automáticamente, para cerrar el trato. Iba a soltarla, pero ella no lo dejó.

Y Heath se perdió en la intensidad de sus ojos azules.

—Encontraré a tu hijo —dijo, con convicción.

El asintió con la cabeza. Le había emocionado tanto su interés que estuvo a punto de abrazarla.

Porque la creía.

## Capítulo 2

Cassie no tardó mucho en encontrar la fecha de nacimiento de Eva y su número de la Seguridad Social. Para el resto tardaría más. Esperaba que la entrevista con su compañera de piso, Darcy, le aportase algunos datos importantes... a menos que Eva hubiera sido tan cauta con ella como con Heath.

Cassie pulsó el botón de la impresora y luego se levantó para estirar un poco las piernas. Mientras se imprimían los documentos, llamaría al ginecólogo de Eva. Levantó el auricular, empezó a marcar el número... pero luego cambió de opinión y llamó a Heath.

—Hola, soy Cassie Miranda.

—¿Tienes alguna noticia?

Cassie lamentaba no poder decir que sí. Aún no sabía mucho sobre Eva, pero sí estaba segura de una cosa: la gente que usaba a los niños para conseguir algo era lo más bajo de la especie humana.

—No, lo siento. Estoy a punto de llamar a su ginecólogo haciéndome pasar por ella. ¿Tiene algún acento especial?

Al otro lado del hilo hubo un silencio y Cassie imaginó que Heath estaba intentando controlar la desilusión.

—No, no tiene ningún acento especial.

—¿Alguna forma de hablar en particular? ¿Dice «¿sabes?» al final de las frases o algo así? La gente joven suele hacerlo.

—Se ríe mucho.

—¿Cómo?

—Es como... una risa nerviosa.

Genial.

—¿Puedes darme un ejemplo?

Silencio.

—Sí, claro, se me da muy bien imitar a la gente, es lo mío —contestó Heath por fin.

El sarcasmo la hizo sonreír.

—Me habría gustado que lo intentaras —Cassie miró la fotografía de Eva. Resultaba difícil imaginarlos juntos. No pegaban nada. Ella era la típica vecinita de al lado, pelirroja y con pecas, y él parecía un hombre de mundo, a pesar de la reclusión en la que vivía tras perder a su hijo.

«Yes un ermitaño, no lo olvides».

—¿Te has acordado de algo más?

—Le gusta ir de compras.

Cassie sonrió. Se estaba acostumbrando a esa forma de ofrecer datos: frases cortas, puntuales, directas y vagas al mismo tiempo.

—¿Alguna tienda en particular?

—Le gustan las gangas. Dice que nunca ha pagado el precio real por una prenda y que no piensa hacerlo.

—¿Le gustan las rebajas o las tiendas en las que venden prendas de la temporada anterior?

—Las dos cosas, supongo. Y las tiendas de decomiso. Encontró una en la que sólo vendían ropa premamá.

—No puede haber muchas de esas en la ciudad. Gracias, lo comprobaré.

Nada más colgar, llamó a la consulta del ginecólogo.

—Hola, soy Eva Brooks. He hecho una tontería... —Cassie soltó una risita que le pareció más o menos apropiada—. He perdido la tarjeta en la que tenía anotada la fecha de mi próxima consulta. ¿Puede decirme qué día es?

—¿Eva Brooks?

—Sí.

Cassie oyó a la secretaria teclear en el ordenador.

—¿Es usted paciente del doctor Sorenson?

—Sí.

¿Sonaría inocente, alegre? «Por favor, que no me haga reír otra vez».

—¿Se ha registrado con un nombre diferente?

¿Un nombre diferente? De modo que la pequeña Eva Brooks mentía sobre eso. ¿Estaría embarazada o sería todo una trama para sacarle dinero a Heath?

—Lo siento... ¿ha dicho doctor Sorenson? No, no, creo que me he equivocado. Perdona.

Después de colgar, Cassie se quedó mirando el teléfono, pensativa.

—¿Cass?

James Paladin acababa de entrar en su despacho. Igual que ella, había sido contratado como investigador nueve meses antes, cuando ARC, que tenía su cuartel general en Los Angeles, abrió una oficina en San Francisco.

—¿Todo bien?

—Sí, claro —contestó Cassie—, ¿Necesitas algo, Jamey?

—Hablar sobre el caso Kobieski, si tienes tiempo.

Ella miró su reloj... las cinco en punto. Y no quería contarle a Heath su último descubrimiento por teléfono. Al menos, en persona suavizaría el golpe. Pero el tráfico en el puente a esa hora sería horrible. Si esperaba un par de horas...

—Sí, claro que tengo tiempo.

Desde la ventana del salón, Heath observaba a Cassie salir del coche y dirigirse hacia la puerta con paso seguro. Había llamado unos minutos antes, mientras atravesaba el puente, para alertarlo de su visita. Un gesto innecesario ya que él nunca salía de casa... y ella lo sabía.

¿Qué habría descubierto? Algo importante o se lo habría dicho por teléfono, pensó. Algo bueno, esperaba.

Intentó no verla como mujer, pero era imposible. Era preciosa, sencillamente. Y no parecía darse cuenta. Si usaba algo de maquillaje, era lo mínimo.

Llevaba el pelo sujeto en una simple trenza, sin máscara de pestañas, sin colorete, nada. Tenía un cuerpo atlético y voluptuoso, un problema para un hombre convencido de que el celibato era lo suyo, pero que, evidentemente, no era capaz de hacer tal sacrificio.

Además de un cuerpo y una cara espectaculares, tenía una buena cabeza sobre los hombros. Y no se reía como una tonta.

Entonces sonó el timbre. No había querido hacerla esperar, pero estaba tan distraído mirándola... Pero se controlaría, aunque su apasionada afirmación de que encontraría a su hijo era tan seductora como su apariencia física.

Heath soltó el osito de peluche que tenía en la mano y se dirigió a la puerta, con el corazón lleno de esperanza.

Pero esa esperanza se esfumó en cuanto la miró a los ojos.

—Dime.

—¿Podemos sentarnos?

—Dímelo.

—¿Seguro que Eva está embarazada?

No estaba muerta. Si lo estuviera, Cassie se lo habría dicho de inmediato. Heath dejó escapar un suspiro. —Sí.

—¿Seguro del todo?

—Claro. ¿Por qué?

—Porque en la consulta del doctor Sorenson me han dicho que Eva Brooks no es una de sus pacientes. ¿Cómo sabes que está embarazada?

—Porque sentí que el niño se movía.

—No quiero interrogarte, pero...

—Eva me pedía que pusiera la mano sobre su abdomen cuando el niño estaba moviéndose. Además, he vivido un embarazo antes, Cassie.

Ella se puso las manos en las caderas, mirando al suelo.

—Pensé que podría estar engañándote. Que podría...

—¿Estar tomándome el pelo?

—Que podría querer aprovecharse de un hombre decente y vulnerable. Un hombre con dinero, además.

—¿Cuál es el siguiente paso? No puedes llamar a todos los ginecólogos de la ciudad.

—Sí puedo.

—Lo dirás de broma.

—No.

—Pero no puedes...

—¿Cómo que no? Además, intentaré hablar con su compañera de piso mañana mismo. Me parece que esa va a ser la mejor fuente de información.

—Hablar con todos los ginecólogos de San Francisco no va a ser fácil.

Cassie sonrió.

—Pero podríamos tener suerte.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Heath entonces.

—Estar aquí por si llama Eva.

—Yo siempre estoy aquí.

Cassie lo estudió, en silencio.

—¿Seguro que podrías salir de casa si hiciera falta?

A Heath no le gustó que le cuestionara.

—¿Se te ha ocurrido pensar que no salgo de casa porque no quiero, que es una decisión consciente? —preguntó, inclinándose hacia ella—. Pero haré lo que tenga que hacer.

—Muy bien —suspiró ella, mirando alrededor—. ¿Tú diseñaste esta casa?

—Sí.

—Es espectacular.

—¿Pero?

—No hay ningún pero.

—Sí lo hay.

Cassie negó con la cabeza.

—Si Eva hubiera desaparecido sin dejar una nota, esta situación sería completamente diferente. La policía se habría involucrado y tendríamos acceso a la información que ellos consiguieran. Y sigo pensando que alguien del bufete podría ayudarnos.

—No quiero causarle problemas en el trabajo. Podría estar deprimida, alterada por los cambios hormonales...

—Ya —murmuró Cassie.

—No me siento culpable por estar buscándola, aunque en la nota me pide que no lo haga. Pero ese niño es hijo mío y está jugando con mi vida —Heath se pasó una mano por el pelo. Mira, estoy intentando hacer las cosas bien. Es culpa mía que esté embarazada.

—¿Qué? ¿Sabes una cosa, Heath? En el siglo XXI se considera que un embarazo es cosa de dos.

—Eva es muy joven.

—No tanto. Y tú eres muy vulnerable... con ese tema en particular.

Era la segunda vez que usaba esa palabra para describirlo. Y a Heath no le gustaba. ¿Por que había llegado a esa conclusión tan apresuradamente?

—Vulnerable no significa débil —dijo ella entonces, como si hubiera leído sus pensamientos—. Significa que te han hecho daño, que has sufrido mucho. La mayoría de la gente no puede sobrevivir sin la compañía de otras personas, de una pareja, amigos...

—¿Lo dices por experiencia?

—Yo no he perdido un hijo —Cassie abrió la puerta—. Cuando tenga algo nuevo, te llamaré.

—Quiero que me informes de cualquier progreso.

—Muy bien.

Heath no quería que se fuera... pero no podía pedirle que se quedara.

## Capítulo 3

Cassie tomó un sobre de aspecto oficial del asiento del pasajero y, con él en la mano, se dirigió al apartamento de Eva. El rellano era sorprendentemente luminoso y alegre. Alguien estaba tocando el clarinete, repitiendo las mismas notas una y otra vez, y olía a comida... ¿qué era, curry?

Eran las cinco de la tarde de un viernes y esperaba pillar en casa a la compañera de Eva. Debía ser tan joven como ella y, seguramente, estaría arreglándose para salir, pensó, mientras subía al tercer piso.

Cassie llamó al timbre y esperó quince segundos. Nada. Volvió a llamar, pero tampoco esa vez hubo respuesta. Dentro no se oía nada.

Apoyó un hombro en la pared y se dispuso a esperar. Una gran parte de su trabajo consistía en esperar y ella era increíblemente paciente. Vigilar a alguien era, a menudo, aburrido, pero le gustaba trabajar para la ARC y no le importaba estar sentada en el coche horas y horas. Su vida había cambiado drásticamente desde que Quinn la contrató...

Entonces pensó en Heath. Un hombre fascinante, lleno de emociones que intentaba controlar con mano de hierro. Sombrío, enfadado con la vida.

Y tenía buenas razones para estar enfadado con la vida.

Cassie había descubierto que su hijo de cinco años, Kyle, había muerto en un accidente cuando iba en el autobús del colegio tres años antes. Y que Heath estaba con él, pero no pudo hacer nada. Heath estaba casado entonces, de modo que debía haberse divorciado tras la muerte del niño.

La muerte de Kyle, el divorcio y ahora la desaparición de la mujer que iba a tener un hijo suyo... le sorprendía que no saliera a la calle con una escopeta en la mano.

La noche anterior, cuando tuvo que ir a decirle que Eva podría haberle mentado, le dieron ganas de abrazarlo al ver su expresión. El dolor que veía en sus ojos le recordaba su propio dolor; diferente, pero causado también por otras personas...

Alguien estaba subiendo la escalera. Cassie se apartó de la pared y enseguida vio a una joven de largo pelo negro. Llevaba un *piercing* en la nariz y un mini—vestido sobre un pantalón vaquero.

—¿Tú eres Darcy? —preguntó Cassie.

—¿Por qué?

—Estoy buscando a Eva Brooks.

Darcy metió la llave en la cerradura.

—Pues ponte a la cola.

—¿Perdona?

—Eva se piró hace un mes y tuve que buscar un trabajo por la tarde para poder pagar el alquiler yo sola —contestó la chica, mirándola de arriba abajo—. ¿Para qué la quieres?

—Tengo un documento para ella —contestó Cassie.

—¿Qué clase de documento?

—No sé qué es.

—Pues yo no puedo ayudarte, no sé nada.

Darcy iba a cerrar la puerta, pero Cassie se lo impidió.

—Tengo que encontrarla. Si la encuentro, y es la Eva Brooks que estoy buscando, podrías recuperar tu dinero.

Era la táctica adecuada. La palabra «dinero» hizo que Darcy se lo pensara dos veces.

—Me debe el alquiler.

Cassie esperó.

—Mira, yo no sé dónde está. El abogado para el que trabaja también ha llamado, pero no he podido decirle dónde estaba. No tengo ni idea.

—¿Desde cuándo vivís juntas?

—Un par de años. Pero se quedó embarazada y casi me alegré de que se marchara porque no me apetecía nada vivir con un niño pequeño.

—Sí, claro. ¿Te habló del padre? A lo mejor está con él.

—No lo creo —contestó Darcy, haciendo una mueca.

—¿Por qué no?

—Porque es muy mayor, muy aburrido, no sé. Según ella, había un montón de razones para no estar con él.

Cassie podía entender que Eva viera a Heath como un hombre aburrido... sobre todo, si no veía más allá de su dolor. ¿Pero mayor?

—Pero está embarazada. Lo lógico es que le pidiera ayuda.

—Yo de eso no sé nada.

—Ya.

—Su correo sigue llegando aquí. Facturas... aunque yo no pienso pagarlas, claro.

—¿Podría echar un vistazo?

Darcy arrugó el ceño.

—¿Tú quién eres?

Cassie le dio su tarjeta.

—¿Una investigadora privada? —la chica lanzó un silbido—. Qué alucine.

—Sí, bueno...

—¿Eva tiene un tío millonario que le ha dejado dinero o algo así?

—Algo así. A lo mejor puedo encontrarla a través del correo, así recuperarías tu dinero.

Darcy vaciló. Por un segundo, Cassie pensó que la había convencido, pero la chica negó con la cabeza.

—No estaría bien. Y tengo que irme, si llego cinco minutos tarde me quitan una hora de sueldo.

—No voy a abrir el correo. Sólo ver quién se lo manda...

—No.

—Bueno, tienes mi número de teléfono —dijo Cassie, antes de que la puerta se cerrara.

¿Ahora qué?, se preguntó, mientras volvía al coche.

Eva Brooks había desaparecido sin dejar rastro. Era raro que una persona se esfumara de la faz de la tierra así como así. Y más una mujer embarazada de ocho meses.

Cassie decidió que no había ninguna otra pista, de modo que podía volver a la oficina, llamar a Heath y dedicarle un poco de tiempo a otros dos casos que estaban pendientes.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y unos segundos después volvió a guardarlo. ¿A quién quería engañar? No iba a llamarlo por teléfono, quería verlo en persona. Era una bobada. Ella no se liaba con los

clientes y, especialmente, no debería liarse con Heath Raven, un hombre con más penas que ella... y eso era mucho decir. Aunque las suyas estaban escondidas desde hacía tiempo.

Debería llamarlo por teléfono... pero entonces recordó el brillo de sus ojos cuando le dijo que su hijo había desaparecido...

Cassie miró su reloj. Habría un atasco espantoso para cruzar el puente.

No conseguiría nada yendo a su casa, pensó, apretando el volante. Eso aumentaría la atracción que sentía por él. Una atracción que no la llevaría a ningún sitio.

«Si yo le hubiera importado a alguien como a él le importa su hijo».

Cassie dejó escapar un largo suspiro. Muy bien, se sentía atraída por aquel hombre. Quizá porque era una persona decente. Y ella conocía a muchos que no lo eran tanto.

Heath debía sentirse especialmente solo. Las horas debían parecerle interminables...

Resignándose a lo inevitable, Cassie arrancó el coche y se dirigió hacia el puente.

Heath miraba el teléfono. Si Cassie tuviera noticias para él, lo habría llamado. Pero la espera era insoportable. Había llamado una vez para decir que no tenía nada nuevo. Eso fue horas antes.

Suspirando, se levantó de la silla. No podía trabajar.

Tras la muerte de Kyle, se había lanzado de cabeza al trabajo, descansando sólo cuando se quedaba dormido encima de los planos. Mary Ann lo había dejado el día del funeral. Debería haber sido el momento menos creativo, menos productivo de su vida, pero no fue así. Estaba lleno de ideas.

Había diseñado edificios que nunca serían construidos, rascacielos de aspecto futurista que ningún arquitecto, ningún ingeniero, podría levantar. Pero también había hecho diseños sensatos, factibles, edificios que no había visto más que en vídeo, cuando ya estaban construidos o en construcción.

Un psicólogo le diría, sin duda, que se sumergía en el trabajo para olvidar el dolor. Y para un psicólogo, esa sería la verdad. Heath sabía que era mucho más complicado que eso.

Cuando Eva le dijo que estaba embarazada al principio se quedó atónito, luego no quiso creerla. Pero al final decidió que aquel niño sería su oportunidad de volver a hacerlo, de hacerlo bien.

Entonces sonó el timbre y Heath sacó la cartera del bolsillo. Había pedido la cena en Villa Romano.

Pero no era el chico del restaurante.

—¿Interrumpo? —preguntó Cassie.

Aquel día llevaba una camisa azul, en lugar de blanca. Y los vaqueros. Era una especie de uniforme, pensó Heath, pero le quedaba de maravilla. Luego intentó leer su expresión. ¿Tendría buenas o malas noticias?

Mientras la miraba, tuvo que contener el deseo de tomarla entre sus brazos. Su necesidad de otro ser humano, de tocar y ser tocado, apareció así, de repente.

—Lo siento —dijo ella—. Debería haber llamado antes.

Heath se quedó mirándola en silencio durante un rato. Pero Cassie Miranda no sabía que estaba intentando luchar con lo que empezaba a sentir por ella. Sentía algo... pero no sabía qué era.

—Me alegro de verte —dijo por fin.

En ese momento apareció un jeep por el camino.

—Mi cena —explicó Heath.

—Hola —los saludó un chico con tatuajes en el brazo—. Su pedido.

Heath le dio el dinero y tomó la bolsa.

—Entra, Cassie.

—No tengo noticias de Eva —dijo ella, acompañándolo a la cocina—. He llamado a varios ginecólogos, pero no he conseguido nada.

Heath se preguntó cuántos golpes tendría que soportar. «Maldita seas, Eva».

—¿Quieres una cerveza o algo?

—No, gracias —respondió ella—. He estado en su antiguo apartamento, pero tampoco he logrado averiguar nada. Volveré mañana a ver si puedo hablar con algún vecino, aunque como es sábado supongo que la gente estará por ahí, de compras...

—Muy bien.

—He llamado a la facultad, pero los profesores están de vacaciones durante dos semanas. Luego he estado en dos tiendas de decomiso, de las que venden ropa pre—mamá. Uno de los dependientes reconoció la fotografía de Eva, pero me dijo que llevaba dos meses sin aparecer por allí. Le he dejado mi tarjeta, por si acaso.

—Veo que has estado trabajando mucho.

—Sí, claro. Y antes de venir aquí he hablado con Darcy, su compañera de piso. Eva se marchó hace un mes sin dejar ninguna dirección. Darcy está muy enfadada con ella porque ahora tiene que pagar sola el alquiler.

—¿Tan enfadada como para no darte información?

—Estoy segura de que no sabe nada, pero lo intentaré de nuevo. Puede que sepa más de lo que cree.

Heath abrió una botella de cerveza, pensativo. Si Darcy no sabía nada, ¿de dónde iban a sacar información? Eva podría estar en cualquier sitio. Con cualquiera. Y él podría no ver a su hijo nunca. Jamás.

¿Qué había hecho para merecer aquello? ¿No había pagado ya un precio altísimo?

Entonces, Cassie puso una mano sobre la suya.

—La encontraremos. De verdad.

Heath no retiró la mano.

—Podrías haber llamado para decirme eso.

—Sí, es verdad.

«¿Y por qué no lo has hecho?».

—Aquí hay ravioli para los dos —dijo él entonces.

Cassie vaciló. Eso era algo que les pasaba a menudo. A los dos. Como si estuvieran probando... a ver qué ocurría.

—Te lo agradezco, pero tengo que marcharme.

Se había equivocado, no quería quedarse. Y eso lo frustró aun más.

—En fin...

—Gracias de todas formas —sonrió Cassie, saliendo de la cocina.

El la siguió. Si antes se sentía frustrado, ahora lo veía todo negro. El día anterior estaba casi convencido de que encontraría a Eva, pero...

—No sé lo que podré hacer hasta el lunes, pero seguiré trabajando.

Estaba siendo tan eficiente como él esperaba, pero seguía sin saber por qué había ido a verlo en lugar de llamar por teléfono... especialmente si no tenía intención de quedarse a cenar.

Cassie esperaba, como dándole la oportunidad de decir algo. Como no lo hizo abrió la puerta y salió al porche. Hacía una noche preciosa, cálida, con una suave brisa. Una noche estupenda para conducir el deportivo que estaba en el garaje. El que no había conducido en tres años. El que, sin duda, no arrancararía.

—Lo siento —dijo ella entonces.

—¿Qué sientes?

—Haberte molestado.

Heath no le dijo que no era verdad. Le gustaba que fuera a su casa.

Cassie entró en su coche y desapareció por el camino.

Nunca se había sentido atraído por una mujer de esa forma, tan rápidamente. Había conocido a Mary Ann meses antes de empezar a salir con ella. Eva ni siquiera había sido una tentación hasta un año después de conocerla y sólo porque no dejaba de tontear con él.

Pero Cassie...

Cassie se había ido. Suspirando, Heath entró en casa. Tenía que comer porque necesitaba combustible, pero enseguida volvió a su estudio.

Dieron las doce. La una. Las dos. Se le cerraban los ojos, pero no quería dormir. Hasta hacía poco, cada vez que se quedaba dormido, oía la voz de Kyle llamándolo: «Papá, papá». Y despertaba sobresaltado, cubierto de sudor, sin aliento. Últimamente oía el llanto de un niño...

Heath levantó la cabeza y se golpeó con la lámpara. De nuevo, estaba oyendo aquel llanto...

No, era el timbre. Tuvo que parpadear para mirar el reloj: las cuatro y media de la mañana. Se había quedado dormido sobre la mesa de trabajo, como siempre.

El timbre volvió a sonar. ¿Quién podría ser a esas horas?, se preguntó, mientras bajaba la escalera. Y entonces la vio, a través del cristal de la puerta.

Eva. Con un niño en brazos.

## Capítulo 4

**H**eath abrió la puerta a toda prisa, nervioso. Primero miró el bulto que Eva llevaba en brazos, luego a ella. Tenía los ojos llorosos, el pelo despeinado.

—Entra, por favor —le pidió, tomando la bolsa de pañales que había dejado en el suelo. En la puerta estaba el coche. No la había oído llegar porque estaba dormido...

En el salón, Eva se sentó en el sofá. Heath se sentó a su lado y esperó, sabiendo que no debía pedirle explicaciones, pero deseando hacerlo...

«¿Dónde has estado?». «¿Por qué te marchaste así, de repente?». «¿Por qué me has dejado con esta preocupación?».

—Es un niño —dijo ella por fin.

Heath experimentó un tornado de emociones, una ola gigante que rompió las barreras que, tan cuidadosamente, había levantado con los años.

Un niño. Su hijo.

—¿Quieres tenerlo en brazos?

—Sí —murmuró él, secándose las manos en el pantalón.

Al tomarlo, la mantita cayó a un lado y pudo ver la cara de su hijo por primera vez. El niño se movía, arqueaba la espalda y hacía pucheros, pero no abría los ojos. Tenía el pelo oscuro, la carita rosada. Los ojos de Heath se llenaron de lágrimas.

—Es precioso —murmuró—. Gracias.

—¿Lo quieres? —preguntó ella entonces.

—Claro que lo quiero. Te lo dije desde el principio.

—Me refiero... ¿quieres quedártelo? ¿Para siempre?

El corazón de Heath empezó a latir con una fuerza musitada.

—¿Cómo?

—Si lo quieres, lo dejaré aquí, contigo.

—¿Por qué?

—¿Lo quieres o no?

Él intentó entender... ¿por qué le ofrecía que se quedara con él? ¿Estaría sufriendo una depresión post—parto? Si era así, algún día volvería para recuperar a su hijo...

Pero, mientras tanto, estaría con él.

—Sí —contestó sencillamente.

—¿Cuánto vale para ti?

Heath la miró, perplejo. ¿Quería vendérselo? ¿Quería venderle a su hijo?

No la conocía en absoluto. Se dio cuenta entonces de que no sabía quién era Eva Brooks.

«Mi hijo lo vale todo».

¿Cómo podía establecer un valor monetario?

—Puedo darte un cheque de diez mil dólares ahora mismo. Si quieres más, tendrás que esperar hasta que abran los bancos el lunes.

—Muy bien.

Heath vaciló. ¿Tan poco? Ella sabía que podía ofrecerle mucho más...

Aquello era muy extraño. Pero cuando miró a su hijo, dejó de pensar.

—¿Firmarás un documento confirmando que yo soy el padre y renunciando a la custodia del niño?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

Heath iba a poner a su hijo en los brazos de Eva para ir a buscar el talonario, pero se dio cuenta de que no podía separarse de él.

—Ven conmigo arriba. Voy a redactar el acuerdo.

Él le dictó el documento y Eva lo escribió en el ordenador, con manos temblorosas. Luego firmaron los dos. Heath firmó un cheque por diez mil dólares y se lo entregó.

—Espero que tengas fondos. Si no, vendré a buscarlo —dijo ella, con una frialdad pasmosa—. Sólo tendría que alegar depresión post—parto. Todo el mundo lo entendería.

Lo que a Heath le preocupaba era que el documento tuviera valor delante de un juez.

—¿Le has puesto nombre?

—No.

—¿Cuándo nació?

—Ayer.

—¿Ayer? ¿No debería seguir en el hospital?

—No —contestó ella, dirigiéndose a la escalera, el rostro pálido, las piernas temblorosas.

—Eva —la llamó Heath—. Tienes que descansar un poco. Quédate, duerme un rato...

—No puedo —contestó ella. Entonces miró al niño, escondió la cara y salió corriendo escaleras abajo.

—¡Espera!

Pero no esperó y Heath tuvo que bajar la escalera corriendo.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo? —le gritó desde el porche.

—Hay biberones en la bolsa. Sólo tienes que calentarlos.

Luego entró en el coche, cerró de un portazo y desapareció por el camino a toda velocidad.

Heath se quedó parado en el porche hasta que ya no pudo oír el motor y luego entró en casa. Apartó la manatita y se quedó mirándolo. Su hijo. Su segunda oportunidad.

Temblando, inclinó la cabeza y besó aquella cabecita. Se sentía mareado, casi con náuseas. Llegó hasta el salón y se dejó caer en el sofá, mirando al niño. Pronto empezaría a llorar, pidiendo su comida...

Como si hubiera leído sus pensamientos, su hijo arrancó a llorar. Heath miró en la bolsa, buscando un biberón...

No sabía si calentarlo en el microondas o al baño mana...

Decidió hacer esto último. Tardaría más, pero en el microondas podría derretirse la tetina...

Mientras esperaba, paseaba por la cocina, intentando calmar al niño, hablándole en voz baja, apretándolo contra su corazón, moviéndolo arriba y abajo. Los gritos del bebé eran cada vez más desesperados, más angustiosos. Heath probó la leche. Aún no estaba caliente...

Entonces levantó el teléfono. Eran las cinco y cuarto de la mañana. ¿Se enfadaría?

—¿Sí? —contestó una voz medio dormida al otro lado.

—¿Cassie? —dijo él, intentando hacerse oír por encima de los gritos del niño.

—¿Heath? ¿Eso es...?

—Es mi hijo. ¿Puedes venir?

Cassie esperaba ansiosamente en la puerta. El silencio habitual rodeaba la casa. Nada de llantos infantiles, nada de pájaros cantando al amanecer.

Iba preparada para conocer a Eva, para ser amable con la mujer que estaba causándole tanto dolor a Heath Raven.

Y también preparada para el hecho de que no volvería a verlo. El asunto estaba cerrado. Ni siquiera había tenido oportunidad de encontrar al niño ella misma, de resolver el caso, de demostrarle lo buena que era en su trabajo.

Debería alegrarse de que aquello hubiera terminado. Y se alegraba, por Heath. Pero a partir de entonces su relación con él habría terminado también.

Quizá se casaría con Eva, pensó entonces. El niño merecía tener una familia...

La puerta se abrió en ese momento. Heath apareció con los brazos vacíos. Debería estar sonriendo, pero no era así.

—Gracias por venir.

—¿Dónde está el niño? —preguntó ella, mirando alrededor.

—Está dormido, en el moisés.

—¿Y Eva?

—Se ha ido.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Cassie se inclinó sobre el moisés, forrado con una tela de cuadros amarillos.

—Pero... ¡ay, qué rico!

El niño estaba envuelto en una mantita azul, su carita apenas visible. Y a Cassie se le encogió el corazón. Se había creado un lazo con aquel crío desde que supo de su existencia y verlo en persona...

—¿Cómo que no sabes dónde está Eva?

—Me lo ha vendido por diez mil dólares. Y ha firmado un documento renunciando a la custodia del niño.

Ella lo miró, boquiabierta.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

Cassie se dejó caer sobre el sofá.

—¿Tú qué crees? A lo mejor está deprimida...

—No sé lo que siente o lo que pasa, sólo sé que vino a mi casa y me vendió a mi hijo por diez mil dólares. Y mi hijo es lo único que importa. Tengo que cuidar de él, pase lo que pase.

Cassie miró el moisés y el niño se movió en ese momento.

—Sí, eso es lo primero.

—No creo que el documento valga de nada para un juez.

—Yo tampoco lo creo, pero al menos es algo. Lo primero es llevarlo al pediatra, para ver cómo está. Además, necesitas la partida de nacimiento. Y tienes que ponerle un nombre —el niño abrió los ojos y Cassie le sonrió—. Necesitas un nombre, ¿verdad, chiquitín?

Heath levantó al niño del moisés.

—Daniel. Daniel Patrick.

—¿Ese nombre significa algo para ti?

—Era el nombre de mi padre... antes de hacerse hippy. Ahora se llama «Sendero».

—¿Tus padres son hippies? —Cassie soltó una carcajada.

Heath no dijo nada; se quedó mirándola en silencio, muy serio, pero ella no entendía por qué.

—Es la verdad —dijo por fin—. Mi madre se hace llamar Crystal y viven en una comuna en New Hampshire.

—¿Tú creciste allí?

—Sí. Estaba deseando irme a la universidad.

Había cierta calidez en su voz, como si entonces no pudiera soportar a sus padres, pero las cosas hubieran cambiado.

—Sólo comen productos macrobióticos.

—Verduras, ¿no?

—Que saben a cartón.

—A mí me gusta la carne —sonrió Cassie.

—A mí también. Y pedir la comida por teléfono.

Daniel empezó a llorar en ese momento y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no quitárselo de las manos... pero empezó a cantarle una canción que recordaba de pequeña...

—No —dijo él.

—¿No qué?

—No le cantes.

—¿Por qué no? A los niños les gusta.

—No tengo por qué darte explicaciones —replicó Heath, intentando calmar al niño, que estaba llorando a pleno pulmón.

Cassie se preguntó entonces si Heath Raven estaría bien de la cabeza. ¿O sería el estrés por todo lo que había pasado?

—A lo mejor tiene hambre.

—Le he dado un biberón antes de que llegaras.

—A lo mejor necesita que le cambies el pañal. ¿Quieres que lo mire?

Heath no contestó. Ni siquiera la miraba. Tenía miedo de confiar en ella. Seguramente, tendría miedo de confiar en cualquier otra persona.

—Lo haré con mucho cuidado, te lo prometo.

El la miró entonces, en silencio.

—De acuerdo —dijo por fin.

Pasar al niño de unos brazos a otros fue un poco torpe, pero pronto Daniel estuvo con Cassie, tan tranquilito.

«Como si fuera su sitio».

Cassie no cuestionó aquel pensamiento. Pero tuvo que contener las lágrimas cuando una sensación de amor por aquel niño la invadió, por sorpresa. Aquel recién nacido abandonado por su madre y cuyo padre no sabía cómo abrir de nuevo su corazón, cómo reír, cómo aprender a vivir de nuevo. Daniel no debería crecer encerrado en aquella casa porque su padre hubiera decidido vivir así.

—¿Tienes pañales?

—En su habitación. Ven —dijo él, llevándola a un cuarto infantil tan alegre que parecía pertenecer a otra casa.

—Qué bonita. ¿Eva te ayudó a decorarla?

—No, quería que fuera una sorpresa.

Cassie dejó al niño sobre la mesita y, con cuidado para no tocar el recién cortado cordón umbilical, le cambió el pañal y volvió a envolverlo en la manta. Aun así, el niño gimoteaba y lo apretó contra su corazón hasta que, poco a poco, se quedó dormido.

—¿Dónde has aprendido a cuidar niños?

—Aquí y allá.

—¿Has sido niñera?

—En cierto modo. Pasé mucho tiempo en casas de acogida y siempre había niños pequeños que atender.

Sabía que Heath la estaba mirando con curiosidad, pero Cassie no dijo nada. No le gustaba ver miradas de compasión. Todo eso había quedado en el pasado. De modo que se sentó en la mecedora, mirando alrededor.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—Excepto leche materna. Eva ha traído diez biberones, así que puedo esperar hasta que abran las tiendas mañana. La pediré por teléfono.

Estaba acostumbrado a hacer eso, pensó Cassie: a dejar que el mundo fuera a su casa. No era un buen ejemplo para su hijo.

Además, no le dejaba cantarle.

—Tengo que contratar una niñera.

—Ya me imagino.

—Podrías ayudarme a encontrar una.

—¿Yo? Hay agencias para eso. Yo puedo comprobar el pasado de las candidatas, si te interesa. Aunque todas tendrán referencias.

—Eso estaría muy bien —murmuró Heath, poniendo una mano en el cuerpecito de su hijo—. Mientras tanto, ¿te importaría quedarte y ayudarme un poco con Daniel?

—No te hago falta. Tú sabes cuidar de un niño.

—Sé que hay que darle el biberón, cambiarlo y bañarlo. Pero cuidar de un niño es algo más que eso.

Cassie miró el inocente rostro de Daniel. Le gustaría que tuviera un hogar, un sitio en el que fuera feliz. Le gustaría comprobar que tenía todo lo que necesitaba, pero sentía una absurda y peligrosa atracción por el padre... y Heath tenía demasiados problemas.

Y luego estaba el otro asunto, el más importante. No podía pasar la noche en aquella casa. Él no debía saber...

—No puedo. Lo siento, pero no puedo.

## Capítulo 5

Unas horas después, Cassie miraba el reloj mientras entraba en su despacho. Sólo eran las diez, pero parecía mucho más tarde. Seguía entristecida por dejar a Heath así. Por dejar a Daniel. Habría querido quedarse, pero no podía, no debía...

Nunca se había sentido tan indecisa.

—¿Jamey? —llamó a su compañero por el pasillo.

—Estoy aquí —contestó él.

Cassie apoyó el hombro en la puerta del despacho de James Paladín, que llevaba unos pantalones de color caqui y una camisa de cuadros remangada hasta el codo. Su pelo oscuro aún estaba mojado de la ducha, sus ojos eran amistosos e inquisitivos.

—Aquí estamos otra vez un sábado por la mañana. No hay descanso para el guerrero —dijo, señalando la montaña de papeles que había sobre su mesa—. ¿Cuando aceptaste el trabajo sabías que no tendrías un solo día libre?

—¿Tú tenías días libres cuando eras un caza— recompensas?

—*Touché*. De todas formas, gracias por venir tan rápido.

Cassie se sentó frente a él.

—De todas formas no estaba en casa. ¿Por qué me has llamado? ¿Qué ocurre?

—He recibido una llamada de Sam Remington.

Sam era uno de los jefazos, uno de los tres propietarios de ARC Seguridad e Investigaciones, que trabajaba en la oficina de Los Angeles. El cuarto propietario, Quinn Gerard, era su supervisor inmediato, pero Quinn estaba trabajando en un caso fuera de la ciudad.

—¿Un caso nuevo?

—Algo así. Para ti, no para mí.

—¿Por qué no me ha llamado a mí directamente?

—Te llamó, pero tenías el móvil apagado.

Ah, cierto. Había apagado el móvil para que no sonara mientras Daniel estaba durmiendo. Y para que Heath no insistiera...

Pero Jamey llamó en cuanto volvió a encenderlo para pedirle que fuera a la oficina.

—Bueno, el caso es que la mujer de Sam...

—La senadora Dana Sterling.

—Sí, eso es. Dana es amiga de nuestro cliente, Heath Raven.

—¿Ah, sí?

¿Cuándo se habrían hecho amigos? Sin duda, antes de que Heath se recluyera en casa.

—¿Y qué?

—Y quiere que le ayudes con el niño.

Cassie saltó de la silla.

—De eso nada. No pienso hacer de niñera.

—Son órdenes del jefe.

—Le dije que no y ha buscado la forma de hacerlo... —murmuró ella, incrédula—. Eso es... eso es...

¿Cómo se atrevía a ponerla en aquella situación?

Muy bien. Lo haría. Protegería al niño de una madre sin corazón que lo había abandonado por dinero, pero también lo protegería de un padre sin alegría, de un hombre que no sabía vivir, que no sabía relacionarse con otros seres humanos.

Ella había vivido una infancia sin alegría y podía hacer que Daniel sí la tuviera... al menos durante el tiempo que estuviera en esa casa.

—He visto esa expresión antes, Cass —dijo Jamey entonces.

—¿Qué expresión?

—De rebeldía. Pero él es el cliente, es el que paga las facturas.

—No te preocupes, no tendrá ninguna queja de mí. Además, alguien tiene que proteger a ese niño.

—Ten cuidado, Cass. Tú no puedes salvar al mundo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que siempre andas con alguna cruzada. A veces eso es bueno, pero si no ganas la batalla podrías acabar con el corazón roto.

—¿Ahora eres un experto en mí?

—Sí, creo que sí. ¿Pasa algo?

Cassie conocía sus defectos y sus virtudes. Y, aparentemente, su compañero también.

—No, no pasa nada. Uno de estos días hablaremos sobre ti, amigo. Yo también te tengo pillado.

Jamey soltó una carcajada.

—Ya me lo imagino. Oye, llámame si me necesitas para algo. O si necesitas un hombro sobre el que llorar. O si el señor Raven necesita atención médica.

Cassie le dio un puñetazo en el hombro, sonriendo.

—Idiota.

—A algunas personas no se las puede salvar, Cassie —dijo Jamey entonces, más serio.

Esas palabras le provocaron un escalofrío. Había leído sus pensamientos. Estaba un poco obsesionada con Heath Raven, por eso se había marchado de su casa a toda prisa. Reconocía los síntomas, aunque nunca antes se había sentido así. Pero quizá parte de la obsesión era que Heath, el problema de Heath, incluía un niño.

—Llámame.

—Lo haré.

Sintió la mirada de Jamey clavada en su espalda mientras salía del despacho. Quinn y él eran como hermanos para ella, pero a veces los hermanos eran exageradamente protectores.

Aunque Cassie no tenía experiencia con hermanos, eso había oído. Aun así, era estupendo que alguien se preocupara por ella.

Heath abrió la puerta antes de que ella llamara al timbre.

—¿Has llamado a una senadora! —le espetó Cassie a modo de saludo—. Te has aprovechado de su amistad con mi jefe para obligarme a venir.

—Tengo que cuidar de mi hijo —replicó él.

Estaba preciosa con la cara colorada de rabia y los ojos echando chispas. Se había reído antes, cuando le habló de sus padres, y él se había quedado sorprendido porque aquel sonido, aquella risa, parecía iluminar su casa.

Pero aquella Cassie, aquella Cassie furiosa, lo excitaba.

—No sabía que los ermitaños tuvieran amistades en las altas esferas. ¿La senadora Sterling es amiga tuya?

—Sí, desde hace años. Y usaré los contactos que haga falta para cuidar de mi hijo.

—Hablas como si yo fuera una experta... ¿desde cuándo está llorando así? —preguntó Cassie entonces, mirando al bebé.

—Desde hace una hora. No quiere el biberón.

—¿Has comprado chupetes? —preguntó ella, tomando al niño en brazos. Esta vez, Heath no puso ninguna pega.

—No.

—Pues necesita un chupete. Saca las cosas de mi coche... por favor —dijo Cassie entonces, tirándole las llaves.

Heath se dio cuenta de que el «por favor» lo había dicho porque era un cliente. Y no quería que lo tratase como a un cliente. La Cassie natural le daría alegría a su casa. La Cassie profesional podía ser fría, distante, demasiado competente.

Pero tenerla allí le daba tranquilidad, pensó, mientras apretaba las llaves.

Para sacar las cosas del coche tendría que salir de la casa, salir del porche, atravesar el camino hasta el viejo roble bajo el que ella había aparcado. Heath miró el coche y luego a Cassie. Le había dicho que no salía de casa por decisión propia y era cierto, pero se había acostumbrado...

«No lo pienses. Hazlo».

Heath salió al camino sin dejar de mirar el coche. Estaba allí, al final de un largo túnel...

«Concéntrate, concéntrate. Mantén los ojos en el coche, en tu objetivo. Paso a paso. Poco a poco».

Intentó comprobar si podía llevarlo todo en un solo viaje y decidió que sí. Tomó el maletín, la maleta y el portatrajes, cerró el coche, volvió a la casa a paso rápido, cerró la puerta y se apoyó en ella, respirando agitadamente.

Lo había conseguido.

Luego subió la escalera hasta la habitación de invitados. Dejó la maleta en el suelo, colgó el porta—trajes en el armario y comprobó el cuarto de baño. Había de todo: jabones, toallas, champú, gel. Muy bien. De todas formas, seguramente Cassie habría llevado lo que pudiera necesitar.

Después, se dirigió a la habitación del niño. Había salido de la casa, pensaba. Más allá del porche. Había caminado veinte metros. Y seguía respirando, aunque sudaba y tenía la boca seca.

¿Demasiado temprano para tomar un whisky?, se preguntó. Sí, demasiado.

Cuando entró en la habitación, Cassie estaba acunando al niño en la mecedora. Daniel había dejado de llorar y todo estaba en paz. Una paz que no había sentido en años.

Heath respiró profundamente, saboreando aquel momento, intentando grabarlo en su memoria. Pasó la mano por la cabecita de su hijo... Daniel lo miró con sus ojitos azul oscuro mientras chupaba el meñique de Cassie como si fuera un chupete.

Ella había conseguido que dejara de llorar. No había tardado más de un minuto.

Entonces, Cassie lo miró directamente a los ojos, sonriendo. Sería maravilloso despertar cada mañana y verla estirarse bajo la sábana...

—¿Estás mal? —preguntó ella entonces.

Heath dio un paso atrás. ¿Con qué expresión estaba mirándola? Quería besarla, sí, pero ¿tanto como para que ella dudara de su cordura?

—¿Por qué dices eso?

—No sé... parecías... enfadado.

Enfadado. Enfadado, no loco.

—No, no. Gracias por tranquilizar a Daniel.

—De nada —sonrió Cassie, poniendo al niño en sus brazos. Después, se estiró como él había imaginado, sus pezones marcándose bajo la tela de la camisa...

Un hombre listo, un hombre que hubiera aprendido la lección, no se fijaría en esas cosas. Pero, aparentemente, él no había aprendido la lección. Porque él deseaba tocarla, ver sus pechos desnudos, acariciar su piel...

—¿Estás bien? —preguntó Cassie entonces, cruzándose de brazos, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Sí, estoy bien.

—¿Has sacado las cosas de mi coche?

—Sí, todo.

—¿Y qué te ha parecido?

—Que traes cosas suficientes para estar una semana.

—Me refiero... muy bien, otro tema que no se puede tocar. De acuerdo.

—El pediatra ha venido cuando tú no estabas.

—¿Ah, sí?

—Dice que Daniel está perfectamente.

—Debe ser estupendo tener tantos contactos —replicó ella, irónica—. Los médicos ya no van a casa de nadie.

—Somos amigos hace años.

Jake Mercer había sido el pediatra de Kyle y Heath había diseñado su casa. Aunque él solía diseñar rascacielos, de vez en cuando también hacía casas normales para amigos o gente especial.

—Quiere volver a ver a Daniel dentro de una semana. Antes, si hay algún problema.

—¿Irás a su consulta?

—Ese es el plan —contestó Heath. Salieron de la habitación a la vez, pero ambos se detuvieron en la puerta.

—¿Adonde vamos?

—No tengo ni idea.

—Bueno... yo debería deshacer la maleta.

—Tu habitación está arriba, la segunda puerta a la derecha.

«Frente a la mía».

Cassie empezó a subir la escalera.

—Oye, perdona que llegase de tan mal humor.

—No tienes que disculparte. Es una reacción normal, lo comprendo.

—Me sentía como una cría en su primer trabajo, con el jefe dándome órdenes.

—Lo siento. No sabía cómo hacer que volvieras. Y te necesito.

Su expresión cambió por completo. Palabras mágicas aparentemente. Aunque era la verdad.

—Voy a deshacer la maleta. ¿Hay algo en la nevera o debería ir al supermercado? Podría hacer unos filetes para cenar.

Excepto cuando sus padres iban a visitarlo, en aquella casa no se cocinaba nunca. Tenía invitados de vez en cuando, pero Heath solía pedir la comida por teléfono. Tener a alguien moviéndose por la cocina, compartir el espacio... había pasado tanto tiempo...

—Tengo filetes en el congelador. Ah, he llamado a mis padres para darles la noticia. Supongo que vendrán a ver al niño.

—A lo mejor podrían quedarse durante un tiempo y no te haría falta una niñera.

—No pienso dejar que se sientan tan cómodos.

Cassie rió mientras subía la escalera. Y esa risa resonó por toda la casa, llenándola, apartando las telarañas de oscuridad y tristeza.

Heath volvió a entrar en la habitación.

—Debo tener cuidado —murmuró, mirando a su hijo—. Podría acostumbrarme a ella, ¿no te parece?

Tenía la impresión de que... en fin, que quizá Cassie también estaba un poco interesada. Pero no, era el niño. Lo que le importaba era el niño. Aunque quizá también le importaba él... ¿un poco?

Heath resistió la tentación de seguirla, pensativo. ¿Por qué habría acabado en casas de acogida? ¿Por qué habría elegido ser investigadora privada? En realidad, no sabía nada sobre Cassie Miranda.

¿Contestaría ella a esas preguntas?

La había contratado para hacer un trabajo. Cualquier cosa que no fuera eso, como preparar la cena, por ejemplo, estaba fuera de lo estipulado. Y no quería que se fuera antes de solucionar el papeleo legal. Y, sobre todo, antes de contratar a una niñera con la que se encontrase a gusto.

Una niñera. El no quería otra persona viviendo en su casa... ¿podría solucionarlo con una niñera que estuviera allí sólo durante el día? ¿Daniel dormiría de un tirón o sería de los que se despiertan a media noche?

Eso era algo que debía averiguar antes de contratar a nadie...

Heath cortó aquel monólogo interno. Llevaba allí un rato sin hacer nada. ¿Y si ponía a Daniel en el moisés? ¿Se despertaría? Mejor no intentarlo.

¿Y qué estaba haciendo Cassie? ¿Por qué tardaba tanto tiempo en deshacer la maleta?

Sin pensarlo dos veces, subió la escalera y asomó la cabeza en su habitación.

—¿Querías algo? —preguntó ella.

—No, sólo comprobar que todo estaba bien.

—Sí, me gusta mucho la habitación.

—La mía está enfrente.

—Ah, ya —sonrió Cassie—. Oye, se te da bien lo de tener al niño en brazos.

—Esto es fácil.

—¿Y qué es lo difícil?

Heath vaciló un momento antes de contestar:

—Recordar.

Cassie asintió, pero no dijo nada. Y él se lo agradeció.

—Mary Ann cuidaba de Kyle. Yo pensaba que lo más importante era que a mi familia no le faltase nada, así que estaba siempre trabajando. No fui parte de la vida diaria de Kyle, especialmente cuando era muy pequeño. Esta vez, será diferente.

—Muy bien. Aunque, aparentemente, eres un hombre con mucho trabajo. Por lo que he leído en Internet, recibes encargos continuamente. Eres muy famoso.

—No me va mal. Es asombroso cómo algo tan absurdo como ser un recluso puede tener tal impacto. La gente siente curiosidad, llaman para ver mis diseños... y en general les gustan.

—¿Cómo ves a tus clientes?

—Vienen aquí. Y me parece que se llevan una desilusión al ver que no llevo una barba muy larga y no tengo ojos de loco. Mi socio es ingeniero y se encarga de estar a pie de obra. Y un gerente se encarga de todo lo demás. Yo sólo diseño.

Daniel se movió entonces y, un segundo después, empezó a llorar.

—Voy a calentar un biberón —suspiró Heath.

—Eso puedo hacerlo yo. Tú podrías cambiarle el pañal —sugirió Cassie.

—Un trabajo de simple ingeniería, ¿no?

—Por supuesto. Voy a calentar el biberón —sonrió ella, besando la cabecita del niño—. Papá tiene que aprender a hacer muchas cosas, ¿verdad, Danny?

Danny. Heath tuvo que contenerse para no darle un beso a ella en la cabeza. No sabía qué mecanismos del destino estaban en marcha cuando llamó a ARC y consiguió que Quinn enviara a Cassie Miranda, pero se sentía más que agradecido.

Estaba seguro de que Quinn Gerard no habría querido ser una niñera temporal.

## Capítulo 6

—**C**reo que deberías poner el monitor en mi habitación —insistió Cassie, a las once. Habían metido a Danny en el moisés y esperaban que durmiera al menos dos horas.

—Yo soy su padre.

—Y yo soy la niñera.

—Niñera a la fuerza.

Ella golpeó el suelo con el pie. La volvería loca irse a la cama sabiendo que Heath estaba con el niño. Llámalo instinto maternal, llámalo egoísmo, llámalo locura, quería estar con Danny si se despertaba por la noche. Francamente, quería que pusiera el moisés en su cuarto.

Por otro lado, ella tenía que dejar alguna luz encendida y quizá Danny no podría dormir así... o se acostumbraría a hacerlo y, más adelante, tendría miedo de la oscuridad.

—Podemos hacer turnos —sugirió Heath.

—¿Cómo?

—Pondré el monitor en el pasillo y los dos dejaremos la puerta abierta. Yo me levantaré la primera vez, tú la segunda.

Si dejaba la puerta abierta, Heath sabría lo cobarde que era, pensó Cassie. Pero como parecía la única solución, aceptó.

—Lo intentaremos.

—Qué magnánima.

Ella soltó una risita. Heath no se había reído en ningún momento. Había sonreído alguna vez, o casi, y parecía mucho más simpático. Quizá no debería preocuparse porque no hubiera alegría en la vida de Danny. Pero quería que saliera de paseo con su padre, no con una niñera.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cassie cerró la puerta. Cuando se puso el pijama y volvió a abrirla, él ya estaba en la cama. Su puerta estaba medio abierta, la habitación a oscuras. Apenas se había percatado del silencio de la casa durante el día, incluso cuando Danny estaba dormido... Pero ahora sí lo notaba.

Un silencio abrumador, raro.

Debía ser que extrañaba la casa, pensó. Y las puertas estaban abiertas, algo que parecía demasiado íntimo entre dos personas que apenas se conocían. Heath podría entrar en su habitación cuando estuviera dormida y no se daría ni cuenta.

Cassie se metió en la cama e intentó relajarse. Había dejado encendida la luz del cuarto de baño.

Podría meterse en *su* habitación mientras dormía y Heath no se daría ni cuenta.

Esa idea la intrigaba. ¿Qué tenía Heath Raven que la interesaba tanto? Su aspecto físico, claro. Y su inteligencia. El éxito también. Eso era importante para Cassie. No que ganara dinero, sino que hubiera triunfado en su oficio, que hiciera lo que le gustaba.

Heath Raven era uno de los arquitectos más importantes del país, quizá del mundo. Lo buscaban de todas partes. La gente esperaba mucho tiempo para que él les diseñara una casa, incluso para hacerle una consulta.

¿Cómo iba a incorporar un niño a esa vida? Especialmente, sin una mujer. Una niñera sería una gran ayuda, pero no era lo mismo.

Quizá cuando empezara a salir de la casa se abriría a los demás, podría conocer a alguien, salir con chicas, casarse, tener más hijos.

Cassie miró alrededor. Ella no sabía mucho de muebles, pero todos parecían caros, ricas maderas bien pulidas. Sobre la cama, una colcha hecha a mano, con un diseño raro, exótico. Y los cuadros que había en las paredes no habían sido comprados en un mercadillo, como los suyos.

Pero, como el resto de la casa, aquella habitación necesitaba flores frescas y un cierto toque femenino. Ella compraba flores todos los viernes y las consideraba una necesidad, no un lujo.

Cassie pasó la mano por la colcha, trazando el dibujo con un dedo. Si no estuviera en casa de Heath Raven, estaría vigilando a alguien. Y si no, cenando con alguna amiga. Pero empezaba a cansarse de esa rutina. Tenía veintinueve años y empezaba a sentirse inquieta. Pero trabajaba más de sesenta horas a la semana y no sabía si algún hombre aceptaría esos horarios. Había perdido varios novios potenciales por esa razón. Y le daba igual.

Hasta muy recientemente.

Un golpecito en la puerta la sobresaltó.

—¿No puedes dormir?

Cassie se incorporó, sobresaltada.

—Entra.

Heath llevaba una camiseta y un pantalón de pijama. También ella iba en pijama y, sin embargo, le parecía una imagen demasiado íntima.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—No —contestó él, apoyando un hombro en la puerta—. Lo que dijiste sobre las casas de acogida... ¿qué edad tenías entonces?

—Nueve años —contestó Cassie.

—¿Y por qué acabaste en casas de acogida? ¿Quién te llevó allí?

—Mi madre murió de una sobredosis cuando yo tenía cinco años. A mi padre no lo conocí. A partir de los nueve años viví en casa de mi abuelo —recitó Cassie entonces, como si fuera algo que hubiese contado muchas veces—. Pero todo eso es el pasado, Heath. Ya está olvidado.

—¿Cuántas casas?

—Siete.

—¿Eras una niña problemática?

—Supongo que sí, pero he cambiado.

—No estoy yo tan seguro —dijo él.

—Depende de las circunstancias, señor Raven, amigo de la senadora Sterling.

—Y no lo lamento.

Por el monitor oyeron que Danny empezaba a protestar.

—Es mi turno —dijo Heath, cuando Cassie iba a levantarse.

—Pero yo también estoy despierta. No creo que quiera el biberón ahora, así que... a lo mejor sólo quiere que lo acunen. Y eso se me da mejor a mí.

—Fanfarrona.

—Es verdad.

Heath y Cassie se miraron.

—¿Qué tal si vamos juntos? —preguntó ella por fin.

—Buena idea.

Ella rió, pero luego vaciló un momento. Aunque su pijama era muy discreto, estaba claro que no llevaba sujetador. La única opción era vestirse, pero entonces parecería una mojitata...

—No parece muy contento —murmuró Heath.

—Sí, venga, vamos a animarlo.

Heath sabía que Cassie quería tener al niño en brazos, pero no pensaba dejar que se hiciera cargo de todo. Al fin y al cabo, Danny era su hijo y ella no estaría allí para siempre. Tenía que aprender a cuidar del niño, especialmente si decidía que la niñera sólo estuviera en casa durante el día.

Afortunadamente, Danny estaba dejando de llorar. Heath paseaba por la habitación con el niño en brazos, meciéndolo un poco, intentando calmarlo. Quizá había tardado más de lo que tardaría Cassie, pero por fin se quedó dormido.

—¿Cómo es que no conociste a tu padre? —preguntó entonces, de sopetón.

—No lo sé. Su nombre no estaba en mi partida de nacimiento.

—¿Y qué tal te llevabas con tu abuelo?

Cassie sonrió.

—Muy bien. Era muy majo. No se hablaba con mi madre y no sabía de mi existencia, así que se quedó de piedra cuando los Servicios Sociales de Florida se pusieron en contacto con él, aquí, en San Francisco. Yo fui una responsabilidad tremenda para él en un momento en el que eso era justo lo que menos necesitaba, pero nos llevábamos bien. Además, en la vida de todo el mundo hay cosas buenas y malas. Yo no soy diferente.

De modo que era un tema del que no quería hablar, pensó Heath. Pero si hubiera sido una experiencia positiva, lo habría dicho.

—¿Fuiste a la universidad? —Sí.

—Y eras una buena estudiante.

—Decidí que sería tan buena como cualquiera. Quizá tenía más problemas que algunas personas, pero también tenía menos que otras. No quería convertirme en un estereotipo.

—¿Un estereotipo? ¿Quieres decir un producto del sistema?

—Sí. Por eso hice todo lo posible para seguir en el mismo instituto durante todo el bachiller. ¿Podemos cambiar de tema?

—Me interesa porque nuestras vidas son muy diferentes. ¿Por qué te pones a la defensiva?

—Porque no suelo mirar atrás.

—¿Qué estudiaste en la universidad? —insistió él.

Cassie tiró del pantalón de su pijama, incómoda.

—Empecé Derecho.

—¿Derecho?

—Quería ser abogado. No es tan raro, ¿no?

—¿Y por qué no lo eres?

—Me quedé sin dinero para pagar la carrera, así que tuve que aceptar un trabajo como investigadora en Oberman, Steele y Jenkins. Y, al final, me gustó. No tenía que estar todo el día metida en una oficina.

Heath asintió con la cabeza. Estaba seguro de que aún soñaría con ser abogado, probablemente para defender los derechos de los niños.

—¿Cómo te pagaste la carrera?

—Trabajando.

Él pensó en su vida. Había conseguido una beca, no tuvo que trabajar mientras estudiaba...

—Danny está dormido. Yo creo que deberíamos aprovechar para irnos a la cama. Nunca se sabe el tiempo que va a durar.

Heath no estaba cansado. Quería saber más cosas de su vida, cómo se había labrado un futuro. Su trayectoria había sido mucho más fácil, sin ningún obstáculo, sin ningún problema...

Excepto Kyle.

—Tienes razón. Esperemos que esta vez aguante más de media hora —murmuró, dejando al niño en el moisés—. La próxima vez te encargas tú. Aunque yo esté despierto.

—¿Crees que vamos a pelearnos por él? —sonrió Cassie, los dos inclinados sobre el moisés, mirando a aquella cosita dormida.

Heath se volvió. Estaban a unos centímetros el uno del otro. La luz que llegaba del pasillo iluminaba apenas su cara, llenándola de sombras. Cassie estaba muy quieta, mirándolo. Olía a jabón y a pasta de dientes. Heath habría querido acariciar su cara, meter la mano bajo el pijama para tocar...

Entonces ella dio un paso atrás.

—Oye... yo... no...

—Sí, ya, claro —murmuró él, cortado. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿No era así como se había metido en aquel lío precisamente? Bueno, no era lo mismo. Pero dejarse llevar por el deseo tenía mucho que ver. No podía besarla, no podía cometer ese error.

—Nos vemos después —se despidió Cassie, saliendo de la habitación.

Heath esperó un minuto y luego subió la escalera para evitar el momento incómodo de entrar cada uno en una habitación.

Una hora después, Danny despertó y Heath dejó que Cassie se encargara de todo. La siguiente, dos horas después, ella siguió durmiendo, o fingió hacerlo, mientras él le daba el biberón y le cambiaba el pañal.

Mientras paseaba por la habitación para dormir a su hijo, miró hacia la escalera, preguntándose si estaría despierta, pensando en el beso que casi se habían dado... que se habrían dado si ella no se hubiera echado atrás, si no hubiera mostrado más control que él.

Tenía que salir más de casa, pensó, riéndose de sí mismo.

Cuando subió a su habitación unos minutos después, comprobó que la luz del dormitorio de Cassie seguía encendida. Se quedó en la puerta unos segundos, por si lo llamaba...

Pero no lo llamó y Heath entró en su solitaria habitación, pensando en todos los cambios que estaba experimentando su vida y en qué le depararía a partir de entonces. Estaba listo para la aventura.

## Capítulo 7

Cassie no solía dedicarse a holgazanear los domingos, de modo que tener que calentar biberones, cambiar pañales y jugar con Danny le parecían unas vacaciones. Aún no las había tomado en la agencia, aunque Quinn le informó que tenía tres semanas al año, quisiera o no.

Estaba canturreando mientras hacía tortitas en la cocina. Había oído la ducha arriba, de modo que Heath debía estar a punto de bajar.

Y tenía que calmarse antes de que bajara.

Había estado a punto de besarlo por la noche. «A punto» no debería contar, pero contaba. Porque Heath era su cliente y ella tenía un trabajo que hacer.

Por supuesto, había notado cómo la miraba... y quizá también él había notado cómo lo miraba ella. Era muy difícil disimular esas cosas.

De modo que estaba nerviosa. ¿Y qué?

¿Sería demasiado levantar las persianas de la cocina? ¿Protestaría Heath? Le daba igual. Un niño no podía vivir sin sol. Además, había puesto la mesa en el porche. ¿Qué iba a hacer, despedirla?

Eran casi las once. Danny no había dormido mucho por la noche, pero ahora llevaba dos horas dormidito. Cada quince minutos, Cassie entraba en su habitación de puntillas para no despertarlo... y lo miraba durante un rato, con aquella cara de angelito. El pobre debía estar agotado.

Cuando oyó a Heath bajando la escalera, se le aceleró el corazón. Estaba deseando ver lo que decía sobre las persianas subidas.

—El desayuno está listo —anunció, levantando la bandeja—. He pensado que podríamos desayunar en el porche.

Heath la miró a los ojos durante un rato.

—Veo que estás como en tu casa.

—Para eso me has contratado, ¿no?

—Ésta es mi casa, Cassie. Yo decido.

—¿Ah, sí? Pues no quiero alarmarte, pero a mí me parece que Danny está un poco amarillo. Necesita sol y aire fresco.

Aunque ni el sol ni el aire fresco podían penetrar aquel bosque, pensó Cassie.

—Ya.

—¿Te gustan las tortitas? —preguntó ella entonces, para cambiar de tema.

—Sí.

—¿Tomas café? —Sí.

Estaban tensos, pero Cassie no pensaba rendirse.

—Vamos a llevar un cubreplatos. Si no, las tortitas se quedarán frías. ¿Quieres mantequilla?

—No, gracias.

—¿Te importa llevar la bandeja fuera?

—Sé lo que estás haciendo, Cassie —dijo Heath, sus ojos casi del color del bosque.

—¿Y?

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—No sé si es buena idea.

—Heath... —empezó a decir ella, tocando su brazo.

—Te necesito aquí y no quiero hacer nada que te moleste. Sé que estás aquí por Danny.

—En parte —contestó Cassie, con sinceridad—. Siempre me han gustado los niños, pero...

—¿Pero?

—Tú también me importas.

No podía decir nada más porque no sabría qué decir. Sólo sabía que se sentía atraída por él, que sentía algo especial.

—Yo no... no me siento atraído por ti porque lleve mucho tiempo sin estar con una mujer —dijo Heath entonces—. Quiero que sepas eso. Las mujeres van y vienen en mi vida, contactos profesionales, antiguas amigas... pero nunca había sentido esto, esta conexión tan especial.

Cassie tragó saliva.

—Muy bien, pues entonces debemos tener cuidado —murmuró, apartando la mano—. Nada de tocarnos.

—No debemos poner reglas, ¿no te parece?

Ella asintió con la cabeza. No necesitaba sentirse culpable por *saltarse* esas reglas.

Heath pareció relajarse entonces.

—Muy bien, iremos despacio. A ver qué pasa.

«Despacio» no iba a funcionar y ella lo sabía. La tensión que había entre ellos podría cortarse con un cuchillo.

—En fin... el desayuno se está enfriando.

Comieron en silencio, incómodos, no sólo por la conversación previa, sino porque él estaba fuera, en el porche, algo absolutamente fuera de lo normal. Cuando estaban terminando la segunda taza de café, Cassie cerró los ojos, deseando que el sol pudiera penetrar aquella maraña de árboles.

—¿Qué harías hoy si no estuvieras aquí? —preguntó Heath.

—Cuando no estoy trabajando, paso los domingos en el Centro infantil O'Connor.

—¿Y qué haces allí?

—Doy consejos, ayudo a los niños.

—Te echarán de menos. Quizá deberías...

—No, ya he llamado para decir que no podía ir. Saben que no pueden contar conmigo todos los fines de semana. Mi profesión me exige viajar a menudo y, además, suelo trabajar hasta muy tarde.

—Pero te gusta.

—Sí, claro que sí. Los clientes son fascinantes: políticos, estrellas de cine, ejecutivos... el trabajo no suele ser rutinario. Por cierto, he oído que querías que mi jefe llevara tu caso.

—Normalmente, trato con los jefes —murmuró Heath.

—Pero esta vez no.

—Mejor para mí.

—Gracias.

—No creo que tu jefe hubiera querido hacer de niñera.

A Cassie le pareció verlo sonreír. Tenía un brillito en los ojos...

—A él no se lo habrías pedido.

—No, es verdad —suspiró Heath, dejando la taza sobre la mesa—. Esto está bien, ¿no?

—Me alegro.

—¿Estabas preocupada?

—No, yo cocino muy bien... cuando me pongo —sonrió Cassie. Sabía que no se refería a eso, pero prefirió no responder.

Por el monitor, que habían dejado sobre la mesa, oyeron que el niño empezaba a lloriquear.

—Yo voy a lavar los platos, tú encárgate de Danny —dijo él.

—Ya, lo que pasa es que no quieres cambiar pañales.

Heath sonrió.

Y el silencio lo envolvió todo como las alas de un enorme pájaro. Su corazón se detuvo. Había conseguido que sonriera. Lo había hecho sonreír.

Ahora sólo tenía que imaginar cómo volver a hacerlo, una y otra vez.

Un par de horas después, Heath se acercó a la ventana de su estudio y levantó un poco la persiana. No podía ver a Cassie y Danny, que estaban dando un paseo. Ella lo había invitado a acompañarlos, pero Heath se excusó diciendo que tenía que trabajar.

En realidad, tenía mucho trabajo pendiente, pero poco interés.

Se acercó a la otra ventana y miró hacia fuera. Allí estaba, meciendo al niño.

Cassie conseguía relajarlo... excepto cuando lo excitaba.

Si salía para reunirse con ellos podría tocarla, poner una mano en su brazo. No se apartaría, ¿no?

Le gustaba cómo le hablaba, el fuego que había en sus ojos... cómo se estiraba todo lo posible y levantaba la barbilla para demostrar que no podía darle órdenes. Y, al hacerlo, sus pechos se marcaban bajo la camisa. Sí, le gustaría reunirse con ellos.

Pero se había decidido demasiado tarde porque acababan de entrar en la casa. Danny tenía los ojos abiertos...

—Vuelvo enseguida —dijo Cassie, poniendo al niño en sus brazos.

Y luego se dirigió al lavabo, moviendo el trasero. Heath imaginó sus manos allí, levantándola, apretándola contra él...

Pero no, eso sólo complicaría las cosas.

—¿Lo has pasado bien, Danny?

El niño no tenía la cara amarilla. Además, Cassie había levantado todas las persianas y era casi como estar en medio del campo... que había sido la idea original cuando construyó la vivienda.

—Ella es especial, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Es guapísima... y le gustan mucho los niños.

Danny arqueó la espalda, sacando las manitas de la manta para ponerlas bajo su barbilla, como si estuviera pensando. Heath inclinó la cabeza para besar esas manos diminutas, respirando el olor de su hijo...

Entonces recordó a Kyle y sus ojos se llenaron de lágrimas. De pequeño, tenía el pelo rubio como Mary Ann, pero había heredado su nariz y sus ojos verdes.

Le habría gustado compararlos, pero no podía hacerlo porque Mary Ann se había llevado todos los álbumes de fotos. Se lo había llevado todo, dejándole sólo los recuerdos. Unos recuerdos teñidos de dolor...

«¡Papá!». «¡Papá!».

El grito de Kyle estaría en su cerebro y en su corazón para siempre.

—¿Has trabajado mucho? —preguntó Cassie.

Heath no quería que lo viera así, pero no podía escapar.

—Oh, Heath...

La compasión que vio en sus ojos fue como una bofetada. Cuando ella levantó una mano, Heath se apartó. Pero Cassie lo intentó de nuevo y consiguió tocar su pelo. El roce lo consolaba. No quería ponerse a llorar. No había llorado. Iba a ser terrible cuando lo hiciera...

—No —dijo en voz baja.

Como siempre, Cassie no le obedeció. Se puso de puntillas y lo besó en los labios, un roce apenas. Pero Heath sujetó su cabeza con una mano y alargó el beso. Luego la tomó por la cintura y la apretó contra él. Ah, el simple placer de tocar a otro ser humano. Había pasado tanto tiempo. Tanto, tanto tiempo...

—Gracias por estar aquí. No sé si habría podido hacerlo solo.

—Seguro que sí. Se te da muy bien.

«Porque tú estás aquí», pensó él. ¿Cómo lo hacían los padres solteros? Bueno, él estaba a punto de enterarse.

—¿Tienes algo que hacer?

—Revisar unos informes, pero lo haré cuando Danny se duerma. Deberíamos echarnos una siestecita, nos va a hacer falta.

—Sí, es verdad.

—¿Quieres comer algo?

—No tienes por qué cocinar para mí.

—No pienso cocinar para ti. Esta noche *tú* harás una barbacoa —replicó ella, entrando en la cocina, con la trenza moviéndose de un lado a otro.

Le gustaría tocar su pelo. Le gustaría... no, demasiadas fantasías, pensó Heath.

Hora de darse una ducha fría... o algo parecido. Danny y él verían un partido en televisión.

Nunca es demasiado pronto para el primer partido de fútbol.

## Capítulo 8

**D**espués de una corta siesta, Cassie se acercó al estudio de Heath.

Estaba de espaldas, trabajando en el ordenador... y las persianas seguían bajadas. ¿Qué tendría que hacer para convencerlo?, se preguntó. ¿Por qué no las abría?

No esperaba que diese un giro de ciento ochenta grados a su vida, pero abrir las persianas sería un pequeño paso adelante.

No sabía qué hacer. Le gustaría llevar allí su ordenador y trabajar con él, a su lado, donde pudiera verlo, tocarlo. Especialmente, eso.

Cada vez le costaba más trabajo no hacerlo.

—Puedes entrar —dijo él, sin volverse—, ¿Has dormido algo?

—Sí, ¿y tú?

—Lo suficiente —contestó Heath—, ¿Y ahora qué hacemos, Cassie? —preguntó luego, volviéndose para mirarla.

—Pues... chuletas de cerdo y espárragos frescos que podemos hacer al grill. Patatas al horno con romero y aceite de oliva...

—Me refería a Danny, pero eso suena muy bien.

Cassie sonrió.

—Perdona, es que tengo hambre. Por cierto, conozco una agencia de empleo que podría interesarte para encontrar niñera. Es una gente muy seria —dijo, golpeándose la mano con un bolígrafo—. Además, necesitas un abogado para todo el papeleo, la partida de nacimiento... y supongo que tendrás que hacerte una prueba de ADN para demostrar que eres el padre de Danny. Hay algunos laboratorios privados que te hacen las pruebas y te dan los resultados en una semana. ¿Tienes abogado?

—Sí. ¿De dónde saco una copia de la partida de nacimiento?

—La tendrán en el Ayuntamiento.

—¿Y me darán una copia?

—Puede que Eva haya dado tu nombre como padre de Danny, pero no lo sabemos. No te preocupes, yo tengo buenas relaciones con la oficina de empadronamiento —sonrió Cassie—, Veré qué puedo hacer.

—¿Crees que Eva habrá puesto mi nombre?

—No lo sé. ¿Has firmado una declaración de paternidad?

—¿Qué? Ni siquiera sabía que eso existiera.

—No te preocupes, tu abogado se encargará de eso. Pero ayudaría mucho hablar con Eva.

—Sí, claro.

Cassie decidió que lo mejor sería hacer la cena porque lo que de verdad quería hacer era bombardearlo a preguntas. Para entenderlo mejor.

—¿Llamarás a tu abogado mañana? A menos que también sea amigo tuyo y esté dispuesto a venir un domingo.

Heath sonrió.

—Parece que te molesta que tenga contactos, Cassie.

—No, qué va. Me da envidia. En fin, supongo que el abogado redactará un documento legal que Eva tendrá que firmar. Si vuelves a verla.

—Espero volver a verla.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por instinto. Quizá por cómo miró a Danny antes de salir corriendo.

—¿Cómo?

—Triste, destrozada.

Cassie dudaba que las cosas fueran a salir como Heath quería. Existía la posibilidad de que el niño no fuera suyo o de que Eva quisiera recuperarlo. Y debía saberlo.

—¿Cómo era durante el embarazo?

—¿Qué?

—¿Estaba contenta, triste, asustada? ¿Parecía deseosa de tener el niño?

—El embarazo no fue planeado y no estábamos casados. No era una situación ideal.

—Sí, lo entiendo.

—No me dijo que estaba embarazada hasta que era evidente. Y yo diría que no estaba demasiado contenta, pero tampoco asustada. No en tiendo por qué salió corriendo, no entiendo su actitud.

—No parecía querer nada de ti, excepto dinero.

Heath se levantó, con expresión seria.

—Eso no es verdad... del todo. Quiso compartir el embarazo conmigo.

—A lo mejor porque sabía que tú necesitabas eso.

—Es posible.

—Y luego desapareció, ¿no?

—Haces muchas preguntas, Cassie Miranda.

—Me interesa el bienestar de Danny.

—Lo sé. Se te nota en la cara cada vez que miras a mi hijo.

Pero, ¿sería su hijo de verdad?

—Los niños merecen...

—Sé que los niños merecen tener una familia y lo estoy intentando, Cassie. Y también sé que no me has contado ni la mitad, ni la cuarta parte, de lo que pasaste en esas casas de acogida, pero no pudo ser nada bueno. Espero que me lo cuentes algún día.

Cassie había bloqueado esos recuerdos y no quería revivirlos. Además, muchos niños habían soportado situaciones peores que la suya.

—No abusaron de mí.

No, no habían abusado de ella, pero la cuestión de la confianza... Confiar en una persona que no fuera ella misma le resultaba casi imposible.

—Me alegro.

—Bueno, voy a hacer la cena.

Pero no se movió. Y tampoco se movió Heath. Estaban mirándose a los ojos, buscando, esperando... ¿qué?

—¿Qué te pasó en esas casas de acogida?

—Dame media hora para preparar las cosas y luego podemos empezar con la barbacoa.

No quería hablar del asunto.

—Menuda pareja hacemos, ¿eh? —Sí.

Cassie bajó la escalera a toda prisa. Pero cuando iba hacia la cocina, Danny empezó a llorar y entró en su habitación para tomarlo en brazos, besando su cabecita.

Estaba enamorándose de aquel niño... y de aquel hombre. No debería quedarse.

Pero no podía irse.

¿Podría irse algún día?

—Tienes razón. Este documento no valdría de nada ante un juez — estaba diciendo el abogado de Heath al día siguiente, mientras tomaba una ensalada de pasta.

Kerwin Rudyard había salido del bufete a la hora de comer para ir a su casa. Cassie estaba en la ciudad resolviendo unos asuntos y no había vuelto a tiempo para conocerlo.

—Entonces, tienes que redactar un documento que sea legal.

—Puedo hacerlo, pero debes saber que esto podría ser una batalla. Ella también tiene sus derechos, si cambia de opinión.

—Ya me imagino —murmuró Heath—. Quiero proteger a Danny, Kerwin. ¿Eva podría quitármelo?

—Mejor no pensar en eso ahora. Lo primero, es pedir una prueba de ADN.

—Sí, Cassie me lo dijo.

—¿Cassie?

—Cassie Miranda, de ARC Seguridad. Es investigadora privada, la contraté para encontrar a Eva.

—Ah, ya. Conozco a Quinn Gerard desde hace años y sé que estás en buenas manos.

—Lo sé. Bueno, ¿cuál es el segundo paso?

—Encontrar a Eva.

—Cassie está en ello. ¿Podremos conseguir la partida de nacimiento?

—No hasta que tengamos la prueba de ADN confirmando que eres el padre del niño —contestó Kerwin, levantándose—. Gracias por la comida.

—Gracias a ti por venir.

—Te veo mejor —sonrió su amigo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Te has perdonado a ti mismo?

Heath negó con la cabeza. No había nada que decir.

—¿Sabes que Mary Ann está a punto de casarse?

—No, no lo sabía. No seguimos en contacto.

—No, ya me imagino. Ah, otra cosa, ¿quién sería el tutor de Danny en caso de que te pasara algo?

Heath lo miró, atónito.

—No había pensado en eso.

—Pues piénsalo.

Cuando el coche desaparecía por el camino, Heath cerró los ojos y levantó la cabeza... un extraño placer lo asaltó entonces, el deseo de sentir el sol en la cara. Y lo invadió una sensación de paz, de consuelo.

Entonces oyó el ruido de un motor. Era Cassie. Iba a tener que hacer algo con aquellas malas hierbas. Habían crecido tanto que podían arañar la pintura de un coche. ¿Por qué nadie le había dicho nada?

Una pregunta retórica, por supuesto. Nadie le criticaba, nadie le daba consejos. Sólo Cassie Miranda.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Bien, pero tengo que seguir haciendo llamadas —contestó ella—. Quiero hablar con Darcy otra vez. Si Eva se pone en contacto con alguien, seguro que es con ella. ¿Cómo está Danny?

—Estuvo llorando un rato cuando llegó Kerwin, pero luego se durmió. Lleva una hora y media dormido.

—¿Qué ha dicho tu abogado?

—Lo mismo que tú, que tengo que hacerme una prueba de ADN antes de nada.

«Pero quiere saber quién sería el tutor de Danny en caso de que me pasara algo».

—Hace un día precioso, ¿verdad? Nada como un día de septiembre en San Francisco.

Bañada en la luz del sol tenía un aspecto angelical, pero Heath sabía que era dura. O, más que dura, resistente.

—He hablado con la agencia de empleo... para lo de la niñera. La directora vendrá mañana a hablar contigo, a las diez.

—Muy bien —murmuró Heath.

Pero no estaba bien. No estaba preparado para eso. No quería compartir su casa con nadie... que no fuera Cassie.

—Encontraremos a alguien con quien te encuentres cómodo —le aseguró ella.

Danny estaba llorando a pleno pulmón. Lo acunaron, pasearon por la casa, hicieron de todo, pero el niño no dejaba de llorar. Cassie incluso le había cantado... cuando Heath no podía oírla.

—Voy a llevármelo a dar una vuelta con el coche.

—No.

—Así se calmará. Los niños se calman cuando van en coche... y yo soy una buena conductora, no te preocupes.

Danny lanzó un alarido.

—Bueno, bueno, no te pongas así —murmuró Heath—. Voy con vosotros. Y no pienses ni por un minuto que no sé lo que estás haciendo.

Le gustaba más cada día, pensó Cassie, sin dejar de sonreír. Su confinamiento habría destrozado a otro hombre con menos personalidad, pero Heath había lidiado con el dolor a su manera.

Después de colocar la sillita del niño en el asiento de atrás, Heath se sentó a su lado. Por el rabillo del ojo, Cassie vio que tenía los labios apretados. No le preguntaría si estaba bien. Sabía que no lo estaba.

Aún era de día, afortunadamente. Y quería que viera lo que se estaba perdiendo.

Danny por fin dejó de llorar y Cassie temió que Heath quisiera volver a casa, pero él no dijo nada.

—Se me había olvidado lo bonito que es esto —dijo por fin, cuando llegaron a un sitio desde el que había una vista espectacular de la bahía.

—¿Qué tal si tomamos un helado?

Heath tardó un momento en contestar:

—Muy bien. Podríamos ir a ver el ferry.

Cassie no daba crédito. Pero poco después estaban apoyados en la barandilla del muelle, mirando a la gente que bajaba del ferry. Ella no solía ir por Sausalito, pero sabía que era una zona muy conocida por sus carísimas casas y su mercado de artesanía.

—Estás muy callada —dijo Heath.

—Estoy disfrutando de los últimos rayos del sol.

—No me has preguntado cómo me encuentro.

—No pareces a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Espero que no. Pero hace tres días no podría haber hecho esto.

—No es cosa mía. Es cosa de Danny —sonrió Cassie, apartando la mantita para verle la cara—. ¿Te parece real?

—¿Danny?

—Sí.

—Claro, pero me da miedo. ¿Y si Eva quiere recuperarlo?

De modo que también él había estado pensando en ello...

—No puedes reservar tus sentimientos por miedo a que cambie la situación —dijo Cassie entonces.

Aunque ella había hecho eso durante toda su vida. Había aprendido a mirarlo todo desde fuera, a no involucrarse por miedo a que la cambiasen de familia. Sabía que no estaría en ninguna de aquellas casas mucho tiempo, ¿para qué iba a tomarles cariño? Y así era más fácil para sus padres de acogida dejarla ir.

—Danny es mío —dijo Heath entonces—, Pero sé que podría tener que enfrentarme con Eva.

«Quizá es hijo tuyo». ¿Debería decirle eso? No, mejor no.

—No te rindas.

—No lo haré —murmuró él, poniendo una mano en su hombro.

—Me parece que un helado esta llamándome...

No más revelaciones, no más preguntas, nada de revivir el pasado. Sólo un hombre, una mujer y un niño, juntos por circunstancias extraordinarias.

—¿Quieres conducir tú? —preguntó Cassie después.

—No, gracias.

Danny seguía durmiendo y Heath no dijo nada durante todo el camino. Aquel silencio era relajante, pero Cassie no quiso pensar que era la calma que precedía a la tormenta.

## Capítulo 9

**H**eath despertó sobresaltado. Se quedó un momento escuchando, pero no oía nada. Cuando miró el reloj, comprobó que era medianoche. Danny debía estar a punto de despertar para pedir su biberón...

Cerró los ojos, pero no podía volver a dormirse, de modo que se levantó y miró por la ventana. Había un coche aparcado en la puerta. Un coche que parecía...

Asustado, corrió hacia la habitación de Cassie.

—Cassie...

—¿Qué? —exclamó ella, incorporándose de un salto.

—Hay un coche en la puerta. Creo que es el de Eva.

Cassie apartó la colcha y saltó de la cama.

—¿Y qué hace aquí? ¿La has visto salir del coche? —preguntó, mientras bajaban por la escalera.

—No, no he visto nada.

A través del cristal de la puerta vieron dos siluetas en el interior del coche.

—Hay dos personas —murmuró, inclinándose para sacar algo del maletín.

—No tengo ni idea.

—¿Tenía novio?

—No, que yo sepa.

—¿Y familia?

—Eva no solía hablar de su vida. Sé que sus padres viven en la costa Este, pero nada más.

—Muy bien. Ya tenemos algo, pero necesitareé más información. Su apellido, su dirección... Todo lo que sepa de ella.

Heath Raven asintió.

—Vamos a mi estudio.

Cassie lo siguió por una escalera hasta una enorme habitación con dos mesas de dibujo llenas de planos y varios ordenadores.

Una de las paredes era enteramente de cristal. Y estaba cubierta por persianas. Y todas las persianas estaban bajadas.

Heath agradecía la eficiencia de Cassie Miranda. Incluso antes de que empezara a hacerle preguntas, vio que era una persona que prestaba atención a los detalles. Su camisa blanca bien planchada y los vaqueros nuevos le decían que era una persona meticulosa, organizada.

Y también estaba llena de energía. Se movía rápido, hablaba rápido, pero sabía qué preguntar.

No podía decir que hubiera elegido bien porque él había llamado a la agencia preguntando por su jefe, Quinn Gerard, pero Gerard.

—¿Qué haces? —contestó ella, montando la pistola.

—Prepararme.

—¿Y si son dos adolescentes dándose el lote?

—Entonces, no dispararé —sonrió Cassie—, Sé lo que hago, no te preocupes.

Se quedaron mirando el coche un momento y sí, la pareja estaba besándose. Poco después las puertas se abrieron.

—Oh, no —murmuró Heath.

—¿Los conoces?

—Sí —suspiró él, abriendo la puerta.

—¡Earthie!

Heath cerró los ojos al oír la voz de su madre, que corría hacia él para abrazarlo. Iba vestida con una especie de túnica larga de colores, sandalias, el pelo gris largo, encrespado.

—¿Dónde está mi nieto?

—Dormido, mamá —contestó él. Danny empezó a llorar en ese momento—. Bueno, ya no. Es hora de darle el biberón. ¿Por qué no habéis llamado antes de venir?

—Queríamos darte una sorpresa —contestó su padre.

—Mamá, papá, os presento a Cassie Miranda, una amiga mía. Cassie, mis padres, Crystal y Sendero Raven.

—Encantada.

Afortunadamente, había oído antes los nombres. De no ser así, le habría dado un ataque de risa.

—¿Cómo está mi nieto? —preguntó su padre, dándole un golpecito en la espalda.

—Podéis ir a verlo ahora mismo. Está en esa habitación —contestó Heath.

Sus padres se dirigieron hacia allí, emocionados.

—¿Earthie? —repitió Cassie en voz baja.

Heath se encogió de hombros.

—Earth Heathcliff Raven. Ése es mi nombre.

—Di eso diez veces seguidas, deprisa.

—No me da la gana.

Entraron juntos en la habitación del niño y Heath se percató de que, por primera vez, se sentía relajado, algo extraño cuando sus padres estaban cerca.

—¡Está usando pañales de usar y tirar! —exclamó su madre.

—Ya empezamos... Voy a calentar un biberón, mamá. Vuelvo enseguida.

Heath salió de la habitación con Cassie de la mano.

—Ya no me necesitas —dijo ella.

—¿Cómo que no? Ahora te necesito más que nunca. Por favor, quédate.

—Sólo hay una habitación para invitados.

—Mis padres pueden dormir en mi habitación. Yo dormiré en el sofá del estudio.

—¿Por qué quieres que me quede?

«Porque la vida es mejor cuando tú estás cerca».

—Porque si no te quedas, mi madre se hará cargo de todo.

—¿Y crees que, estando yo aquí, no se atreverá a hacerlo por miedo a invadir mi territorio?

—Exactamente.

—Pero éste no es mi territorio.

—Ella no lo sabe —respondió Heath.

—Pero no dormimos juntos.

—Pensaré que lo hacemos por consideración.

En ese momento, su madre entró en la cocina con Danny en brazos. Danny, que había dejado de llorar.

—El biberón —dijo Crystal.

—Tengo la sensación de que ya no voy a poder abrazar a mi hijo.

—Claro que sí. Cuando yo me vaya.

Cassie levantó una ceja, como diciendo: «¿lo ves? No me necesitas».

—Voy a hacer la maleta.

—No, no, por favor no te vayas —protestó Crystal.

—Yo creo que es lo mejor. Heath, ¿te importa subir conmigo un momento?

Cuando se quedaron solos, Cassie le preguntó si tenía otro juego de sábanas.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Que no lo sé. Cambio las sábanas todas las semanas, las lavo y vuelvo a ponerlas.

Ella levantó los ojos al cielo. Afortunadamente, encontraron otro juego de sábanas en el armario y cambiaron las de su habitación para que los Raven pudieran dormir allí.

Apenas hablaron mientras hacían la cama.

—¿De verdad te marchas?

—Es mejor, Heath. No tengo nada que hacer aquí.

—Pero...

—Estaremos en contacto —lo interrumpió Cassie.

—No puedo creer que me dejes aquí solo... comiendo cartón.

—Eres un exagerado. Además, hay comida en la nevera.

—Mi madre la tirará a la basura. Y querrá que me purgue.

—¿Qué?

—Déjalo, mejor no te lo cuento.

—Sobrevivirás, en serio.

—¿Pasarás a verme?

—Sí, claro. Quiero saber todo lo que te diga tu abogado, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Cassie se volvió para guardar las cosas en su maleta.

—Oye, gracias por todo. Especialmente por sacarme de casa —dijo Heath, en un absurdo intento de retenerla, aunque fuera unos minutos más.

—De nada.

Estaba sonriendo, pero la sonrisa no iluminaba sus ojos.

—Duermes con la luz encendida —dijo Heath entonces. —Sí.

—¿Por qué?

—No quiero hablar de eso.

Era capaz de salir a la calle con una pistola en la mano para enfrentarse a dos desconocidos, pero tenía que dormir con la luz encendida. Heath estaba perplejo.

—Quédate.

—No puedo.

—¿No quieres conocer a mis padres?

—Seguro que son estupendos, pero no, de verdad. Además, no son tan raros como dices. Parecen encantadores.

Sí, lo eran, pero no podían haber elegido un momento peor para ir a ver al niño. Cassie y él estaban empezando a conocerse...

—Al menos, quédate hasta mañana. Es muy tarde para volver a San Francisco.

—Suelo estar de vigilancia toda la noche, Heath. Esto es normal para mí.

—Cassie —murmuró él, tomando su cara entre las manos.

—Earthie —respondió ella.

—¿Cassie es el diminutivo de Cassandra?

—No. Cassie es Cassie.

Heath sonrió. Ella lo agarró por las muñecas, pero no lo obligó a bajar las manos. Parecía preocupada. O asustada. ¿De él? ¿De sus sentimientos?

—Tus padres...

Heath le impidió terminar la frase con un beso. No un roce casual, un beso en los labios, con la boca abierta, un beso apasionado. Metió la lengua en su boca y perdió la cabeza, perdió la noción del tiempo. Sólo sabía que desearía seguir besándola para siempre.

Ella se apartó un poco, sin aliento, y apoyó la cabeza en su hombro. Heath la apretó contra su corazón, sintiéndola temblar, oyéndola respirar agitadamente. Como él.

Esperó que dijera algo, que dijera que aquello había sido un error... pero él no pensaba lo mismo. No lo lamentaba.

—Muy bien —dijo Cassie por fin—. Muy bien.

—¿Muy bien qué?

—Ahora lo sabemos.

—¿Qué sabemos?

—Lo que hay entre nosotros.

—¿Tenías alguna duda?

—Hay una gran diferencia entre lo que uno imagina y la realidad.

—¿Y ha sido peor o mejor de lo que imaginabas?

—Mejor.

—¿Y eso te asusta, Cassie?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Earthie! —la voz de su madre rompió el momento, la burbuja en la que estaban metidos.

—Tengo que irme —dijo Cassie.

—Pero tenemos que hablar de esto.

Ella no dijo nada.

Heath no la acompañó hasta el coche. Cuando entró en el cuarto de su hijo su padre estaba acunándolo, su madre colocando la ropita en la cómoda...

—Cassie me ha pedido que os diga adiós. *Adiós.*

Cassie hizo un esfuerzo para no pisar el acelerador en las calles de Sausalito, pero no dejaba de pensar en Heath y en aquel beso. Había aprendido de pequeña a no dejarse llevar por las emociones, pero...

Sabía que Heath iba a besarla y le había dejado, aunque no debería. ¿Cómo podía olvidar tantos años de disciplina con un hombre al que acababa de conocer?

Podría haberlo detenido con una sola palabra. Pero no lo había hecho. Todo lo contrario, le devolvió el beso con una pasión que le resultaba desconocida.

¿Por qué?

Aunque lo supiera, no quería reconocerlo. Estaba asustada... y un poco desesperada. Entendía que estuviera asustada, pero ¿desesperada? Nunca se había sentido desesperada. Siempre tenía un plan, o dos. Siempre sabía cómo salir de cualquier situación.

Pero no había contado con Heath. Ni con Danny.

Una estupidez. Debería haber sido más lista.

Cassie sabía lo que iba pasar. Los padres de Heath se quedarían hasta que todo estuviera solucionado: el papeleo legal, el asunto de la custodia, la niñera. Y Heath volvería a conducir, llevaría a Danny al parque, su mundo volvería a ser el que había sido una vez...

Sin ella.

Ya no sería necesaria. De nuevo, no sería necesaria para nadie.

Suspirando, llamó a Jamey al móvil.

—Sé que es muy tarde, pero... ¿puedo ir a tu casa?

—Sí, claro. ¿Qué ocurre?

—Te lo contaré cuando llegue.

Vivían en el mismo barrio; ella en un estudio alquilado, Jamey en una casa que compró con el dinero que había ganado trabajando durante veinte años como cazarecompensas.

—Parece como si hubieras perdido a tu mejor amigo. ¿Quieres una cerveza? —dijo su compañero nada más abrir la puerta.

—Sí, gracias.

—Siéntate.

Cassie se dejó caer en el sofá, pero unos segundos después se levantó y empezó a pasear por el salón, nerviosa. Jamey volvió de la cocina con dos botellas de cerveza.

—¿Qué pasa?

—No estoy siendo objetiva.

—¿Sobre qué?

—Sobre Heath.

—Ah, ya. ¿Por qué te has ido de su casa?

—Porque ya no me necesita.

—¿Y eso?

—Han llegado sus padres. Y no me apetecía quedarme.

—¿Por qué?

—Porque así nos acercamos cada vez más y...

—Y podría hacerte daño.

—Sí —suspiró Cassie. Además, Eva podría volver en cualquier momento.

—Por tu vida ha pasado demasiada gente. Y se han quedado muy pocos, ¿no?

Ella asintió. Era una admisión dolorosa. Le costaba trabajo conservar a los amigos porque siempre intentaba ganarles la partida... siendo ella la primera en decir adiós.

—Y tu reloj biológico está empezando a hacerse notar —dijo Jamey entonces.

—Ese reloj lleva haciéndose notar desde que tenía quince años.

—¿Tú crees que eso es parte del encanto de Heath Raven, que viene con familia incluida?

—Probablemente. Pero no es todo. Cuando me besa...

—Ah, os habéis besado.

—Es mejor que no volvamos a vernos.

Jamey soltó una carcajada.

—Cassie, tú siempre has llamado a las cosas por su nombre. Deja de esconderte, es una tontería.

—Muy bien, pero tú sabes cómo es nuestro trabajo. Es algo exótico, así que resulta fácil ligar, pero mantener una relación es otra cosa.

—No culpes a la profesión, aunque estoy de acuerdo contigo. El problema tiene que ver con tu pasado, con tu miedo a ser abandonada. Tienes miedo de encariñarte con alguien por temor a perderlo.

—Lo sé, lo sé. Pero saberlo no arregla nada. Tengo una vida social, amigos...

—Gente que se siente fascinada por lo que haces. En las fiestas, todo el mundo espera que cuentes historias sobre tu trabajo.

—El problema es que no podemos hablar de nuestro trabajo.

—Dímelo a mí. Pero me parece que ha llegado la hora de ponerte seria.

—¿Qué quieres decir?

—Que Heath Raven no es uno de esos que esperan que le cuentes historias. Es un hombre adulto, maduro, un hombre que te interesa. Un hombre que tiene un hijo, además. Relájate, haz tu trabajo y a ver qué pasa.

Cassie sabía que su compañero tenía razón, pero...

—Esto es demasiado para mí. Vamos a hablar de otra cosa.

—Muy bien. Mi hijo cumple dieciocho años este mes.

—Y estás angustiado.

Jamey asintió y Cassie levantó la botella.

—Por el futuro.

—Por el futuro.

Se quedó un rato antes de volver a casa. El ramo de margaritas que había comprado el viernes la animó un poco, pero aquel silencio... Se le caía la casa encima.

Suspirando, abrió el sofá y colocó las almohadas para ver un rato la televisión, pero no había nada que la interesara. Tomó un objeto de madera de la mesa, una tortuga tallada a mano. No era un objeto pulido, exótico, sino algo primitivo... y sin embargo exquisito para ella.

Lo colocó bajo su barbilla y pensó en su abuelo, sentado en los escalones de la vieja casa, tallando aquella tortuguita para ella. Aún podía oír el ruido del cuchillo... podía oler la madera, mientras le hablaba del pasado, de su madre, de los problemas que habían tenido.

Cassie tenía una cajita llena de objetos de madera que su abuelo había hecho para ella. Piezas de su pasado, sus recuerdos. Pero no había nadie con quien compartir esos recuerdos. Ningún pariente, ningún amigo del alma porque siempre había ido de un lado para otro.

Ella quería una familia. Debido a su infancia, estar con Heath y Danny la afectaba como nunca nadie la había afectado antes.

Ahora, sólo tenía que decidir qué iba a hacer al respecto.

## *Capítulo 10*

**H**eath llegó hasta el final del camino, ahora despejado, sin malas hierbas, sin ramas que ocultaran el sol.

Danny dormía en sus brazos. Se había quedado dormido mientras paseaban por el jardín. Cuatro hombres con sierras eléctricas se habían pasado el día desbrozando la propiedad y el silencio era relajante... Un silencio total porque su madre también se había ido.

La verdad era que disfrutó teniéndolos allí. Agradecía su espíritu, sus ganas de vivir, su ilusión. Y su padre lo había acompañado por el jardín para decidir qué debían cortar y qué no. Se le había olvidado que él sabía mucho de esas cosas.

Pero ahora estaba esperando a Cassie. Aunque fue a visitarlo dos veces durante esa semana, no habían podido estar a solas. Y en ambas ocasiones parecía nerviosa... o asustada.

Heath inventaba razones para llamarla al trabajo y ella intentaba cortar lo antes posible. Excepto cuando hablaban de Danny.

Una mujer complicada Cassie Miranda.

La había pillado una vez, sólo una vez, mirándolo como una mujer mira a un hombre que le gusta. Él estaba soplando las velas del pastel de cumpleaños que había hecho su madre para celebrar que había llegado a los cuarenta y cuando miró a Cassie, el objeto de sus deseos, ella estaba mirándolo como si sus padres no estuvieran allí. Como si fueran un hombre y una mujer normales que se sentían atraídos el uno por el otro.

Un hombre y una mujer normales. Sí, seguro.

La llamó en cuanto sus padres anunciaron que volvían a la comuna, esperando no tener que convencerla para que volviese... Y no tuvo que hacerlo. Ella dijo que volvería por la tarde, cuando saliera de trabajar. Sin vacilación alguna.

Heath se había vuelto hacia la casa cuando oyó que se acercaba un coche por el camino.

Cassie.

La adrenalina aceleró su corazón y tensó todos los músculos de su cuerpo.

—Esto ya no es una selva —sonrió ella, bajándose del coche.

Olía bien. No a perfume, sino a algo único. Quizá era su champú. Fuera lo que fuera, podría estar oliéndolo para siempre.

—Esto es sólo el principio —contestó Heath tranquilamente, como si no quisiera tomarla entre sus brazos y besarla hasta quedarse sin aliento—. Los jardineros volverán mañana para terminar con el resto de la casa.

—¿Cómo está Danny? —preguntó ella.

—Ha sobrevivido a su primera semana con su abuela.

—¿Y tú?

—Necesito carne.

—He traído comida. Está en el maletero.

Mientras él sacaba las bolsas del coche, Cassie tomó al niño en brazos.

—Gracias por volver —dijo Heath cuando llegaron a la cocina.

—¿Tan desesperado estabas por comerte un filete?

Heath no entendía por qué parecía tan distante. Por qué no lo miraba.

—¿Por qué no me miras, Cassie?

—Porque no confío en mí misma.

—¿Cuando estás conmigo?

Ella asintió y Heath le hizo la pregunta que llevaba una semana queriéndole hacer:

—¿Es por mí o por Danny?

—Vais juntos.

—¿No puedes separarnos?

—¿Quieres saber si me sentiría atraída por ti de no existir Danny?

—Sí.

—Sin el niño, no nos habríamos conocido.

—Esa no es una respuesta.

—Ya. ¿Sabes una cosa? Yo creo que, entre los dos, tenemos suficientes problemas como para mantener a un psicólogo durante toda la vida.

Estaba claro que no quería hablar del asunto y Heath se resignó.

—Muy bien. No hablaremos de ello.

—¿Has hablado con la agencia de empleo?

—Sí.

Pero no le había dicho a la directora que le enviase candidatas. No estaba preparado para eso todavía.

Cassie se volvió entonces, con una sonrisa en los labios. Esa sonrisa que tanto había echado de menos. No podía hacerlo, no podía tocarla, ni besarla.

—Cassie...

Heath tomó su cara entre las manos.

Y la besó, un beso que no era el simple saludo de un amigo.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

Entonces sonó el teléfono. Era un número privado y, en general, Heath dejaba que saltase el contestador, pero aquella vez contestó, más animado, tocando el pelito de su hijo. Cada día su mundo era un poco mejor, más alegre.

—¿Heath?

—¿Eva? ¿Dónde estás?

—En casa de una amiga. Sólo quería... saber cómo está el niño.

—Está bien. Es precioso. ¿Quieres... verlo?

—No, yo no...

—¿Dónde vives? ¿Cómo puedo poneme en contacto contigo?

—Heath...

—¿Qué?

Silencio. Heath esperó hasta que no pudo aguantar más.

—¿Seguro que quieres darme al niño?

—Seguro.

Eva colgó antes de que pudiera sacarle una dirección. Pero Heath había notado el temblor en su voz.

—Eres un buen hombre —dijo Cassie.

—¿Por qué dices eso?

—Porque le has preguntado si estaba segura.

—Algunos dirían que sólo estaba mirando por mi propio interés.

—Algunos no han visto tu cara. No te han visto mirando a Danny y no saben cuánto te costaría tener que compartir a tu hijo con otra persona.

Él se encogió de hombros. No quería ninguna medalla, sólo la oportunidad de volver a ser padre. Un padre más involucrado en la vida de su hijo. Un padre con el que Danny pudiera contar para siempre, que nunca le defraudaría.

Cassie se metió en la ducha y cerró los ojos, agotada. Danny había estado llorando toda la tarde y ni siquiera sus canciones habían logrado tranquilizarlo. Debía tener un cólico, pensó. Por fin, después de tomarse el biberón, se quedó dormido. Cuando despertó de nuevo, estaba tranquilo y los dejó cenar sin protestar...

Cassie se dio cuenta de que estaba quedándose dormida bajo la ducha y cerró el grifo a toda prisa.

Pero cuando iba a meterse en la cama, encontró una nota dirigida a ella:

*Querida Cassie,*

*Nos ha encantado conocerte. Oradas por hacer que nuestro hijo vuelva a sonreír. Y recuerda, sólo se lamentan las cosas que no se han hecho.*

*Mucha paz,*

*Crystal Sendero Raven*

¿Que querían decir con eso de que «Sólo se lamentan las cosas que no se han hecho»? se preguntó. En fin, los padres de Heath eran muy agradables, pero también un poquito excéntricos.

Se metió en la cama justo cuando Danny empezaba a llorar. Oyó a Heath salir de su estudio y decidió no moverse. La próxima vez le tocaría a ella.

Estaba medio dormida cuando oyó un golpe— cito en la puerta.

—¿Cassie?

—¿Sí?

—Danny y yo queremos saber si te apetece ver el programa de David Letterman con nosotros.

—Sí, claro, espera un momento.

Afortunadamente, había llevado una bata, de modo que aquella vez no existía la disyuntiva de quedarse en pijama o vestirse, como una mojiata.

Pero cuando iba a bajar al salón, Heath señaló su habitación.

—¿Ahí?

—No te voy a morder.

—No, ya...

Heath colocó unas almohadas para que apoyase la cabeza.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—Estupendamente —contestó ella—. ¿Danny ve el programa entero?

—Lo que más le gusta es el monólogo del principio.

—¿En serio?

—Yo creo que es por las risas. A lo mejor está destinado a ser actor.

Se quedaron allí, los tres, tumbados en la cama, viendo el programa. Con los ojos cerrados, medio dormida, Cassie sonreía de vez en cuando, oía reír a Heath. Era tan agradable...

Pero despertó sobresaltada. Todo estaba oscuro.

—Tranquila —oyó la voz de Heath—. No pasa nada.

—No... —murmuró ella. Tenía que levantarse, tenía que dar la luz.

—Cassie...

—Enciende la luz, enciende la luz.

Heath encendió la lamparita de la mesilla, sorprendido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí...

—¿Qué ha pasado?

Cassie no quería hablar de ello. Aún no. Le daba vergüenza tener que dormir con la luz encendida.

—Danny se ha dormido y lo he llevado a su cuarto —explicó Heath—, Pero en cuanto he apagado la luz te has despertado de golpe.

Cassie no dijo nada y él le pasó un brazo por los hombros.

—Tranquila.

—Estoy bien, estoy bien. Pero no apagues la luz.

—¿No me lo vas a contar? Está claro que te da miedo la oscuridad.

—No...

—A mí me da miedo dormir porque sueño con mi hijo —le confesó Heath entonces.

—Lo siento.

—Pero me siento mejor desde que tú estás aquí.

—Desde que llegó Danny.

—Desde que llegasteis los dos.

Se sentía demasiado cómoda con él. Quería quedarse, dormir entre sus brazos, pero no podía hacerlo. Se enamoraría de él tan fácilmente... y Heath estaba empezando a abrirse al mundo. Tenía muchas cosas que hacer, no podía atarse a nadie tan pronto.

Y ella soñaba con una familia feliz, una que, seguramente, era imposible. En algún momento, lo estropearía, estaba segura.

—¿No quieres tumbarte un rato?

—No, me voy a dormir.

Heath la dejó ir, pero en cuanto llegó a su habitación Cassie lamentó haberse marchado así porque sabía que estaba enviando mensajes contradictorios. Se volvió para darle una explicación... y se lo encontró de frente.

—Si te hubieras quedado en mi cama no te habría tocado... a menos que tú quisieras. No debes tener miedo de mí.

—No tengo miedo de ti, Heath. Tengo miedo de mí misma. No confío en mí misma, ya te lo he dicho. La semana pasada, cuando me besaste... aquí, en esta misma habitación, si tus padres no hubieran estado en casa...

Heath tomó su cara entre las manos y la besó despacio, un beso largo, tierno, que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Sin las botas, parecía mucho más alto y ella mucho más femenina.

El deslizaba las manos por su espalda, despacio, rozando sus caderas, apretándola contra su cuerpo con una desesperación que Cassie podía sentir como suya. Gimió al sentirlo duro y tentador. Siguieron besándose, sin descanso, sin decir una palabra, y Cassie se puso de puntillas para enredar los brazos en su cuello.

Sus labios eran suaves y firmes a la vez, dulces y aventureros, cautos y atrevidos. Era un beso para recordar.

—¿Quieres dormir conmigo? —preguntó él entonces, con voz ronca.

—Eres demasiado tentador.

Odiaba decirlo, odiaba ser tan sensata, pero... lo hacía tanto por él como por ella misma. Sin embargo, no podía dejar de tocarlo. Deseaba tanto rendirse al placer, a la alegría de estar con él.

Heath la tomó en brazos y Cassie lanzó un grito.

—¿Qué haces?

—Voy a llevarte a mi habitación. Lo que pase después depende de ti.

La depositó suavemente sobre la cama y se quedó mirándola, muy serio.

—Nunca te he visto con el pelo suelto. ¿Puedo?

La pregunta exigía más de una respuesta... exigía una decisión. Soltarse el pelo significaba dar rienda suelta a su pasión. ¿Estaba preparada para hacerlo?

«Sólo se lamentan las cosas que no se han hecho».

Estuviera de acuerdo o no, quería creer que ésa era razón suficiente para hacer el amor con

Heath esa noche, sin remordimientos a la mañana siguiente.

Cassie empezó a quitarse la goma...

—Lo haré yo. Por favor —murmuró Heath.

—Muy bien.

Lo sintió tirar suavemente de la goma, deshacerle la trenza, con cuidado, hasta que su larga melena cayó sobre su espalda como una capa. Cerró los ojos, disfrutando de esa sensación... Se había fijado en sus manos cuando acariciaba a Danny, tocando su pelo, su espalda. Ahora estaba tocándola a ella.

—Preciosa. Eres preciosa. Y no creo que lo sepas.

—No...

—Lo pensé el primer día. Cuando te vi.

—¿Ah, sí?

—Y protectora. Y amable, valiente. Asustada.

—¿Asustada?

Heath asintió.

—Te da miedo el compromiso, la desilusión.

—¿Has averiguado todo eso de mí en dos semanas?

—Todo eso y más. Mi madre dijo algo que me hizo pensar —contestó él, sin dejar de tocar su pelo.

—¿Qué?

—Que nunca había visto a nadie haciendo tal esfuerzo para no acercarse. Entonces me fijé en cómo aprietas los puños cuando tus ojos dicen que quieres tocar. Cómo das un paso atrás cuando el resto de tu cuerpo parece inclinarse hacia delante. Vas en contra de ti misma, de tus deseos. Lo haces siempre... excepto con Danny.

La había resumido y no había defensa alguna.

«No estoy manteniendo las distancias contigo. Aunque debería. Pero no pienso lamentarlo».

—¿Heath?

—¿Cassie?

—Estoy diciendo que sí.

## Capítulo 11

**E**staba diciendo que sí.

Heath no sabía si había tomado la mejor o la peor decisión de su vida llevándola a su habitación, pero ya no había forma de volverse atrás. La deseaba con una pasión que no había conocido antes.

Todo en ella lo atraía: su aspecto físico, su instinto maternal, su eficiencia, todo.

—Me alegro —dijo Cassie entonces.

—¿De qué?

—De que estés tan excitado como yo. Me late el corazón tanto que apenas puedo hablar...

—Eres la mujer más sexy que he visto en toda mi vida.

—¿Qué?

—Que eres la mujer... —Heath no terminó la frase al ver que ella estaba sonriendo—. Veo que ya no tienes sueño.

—No.

—¿Estás tomando la píldora? —Sí.

Heath sabía que ella no le mentiría. Eva lo había hecho, pero Cassie era diferente.

—¿Alguna cosa más que deba saber?

—No. ¿Y tú, tienes que decirme algo?

—No.

—La realidad del siglo XXI le quita el romanticismo a todo, ¿eh?

Heath acarició su pelo.

—No, para mí no.

—¿Sabes desde cuándo te deseo?

—¿Sabes desde cuándo te deseo yo? —replicó él con voz ronca—. Deja que te lo demuestre.

Cassie se quedó muy quieta mientras Heath desabrochaba su bata, mientras le quitaba la camiseta. El murmuró su nombre, mirando sus

pechos desnudos, pero resistió la tentación de tocarla, haciéndola esperar. Luego tomó la cinturilla del pijama y tiró hacia abajo.

—Exquisita —murmuró—. Maravillosa.

Cassie pasó una mano por su torso, sus dedos como de fuego.

—No sé si es buena idea...

—Tengo que tocarte.

—Después.

Su cuerpo era asombroso, fibroso, atlético, pero a la vez suave y lleno de curvas. La besó con fuerza, incapaz de contenerse por más tiempo, y ella le devolvió los besos con la misma pasión. Tenía las piernas abiertas, entregada completamente, pero él quería esperar. Quería más de su boca, más de sus pechos, de sus pezones. Cassie se arqueaba para recibir sus caricias y él tocaba el interior de sus muslos, deteniéndose en el centro para conocerla más profundamente.

—No puedo —dijo ella entonces—. No puedo...

—¿No puedes?

—Espera. Espera, espera... Juntos, quiero que lo hagamos juntos.

—En un minuto —Heath siguió acariciándola, encontró los sitios que la hacían gemir, puso allí su boca...

Cassie agarró su pelo como para detenerlo, aunque levantaba la pelvis hacia él. Y luego explotó con sonido y movimiento, excitándolo aún más.

Antes de que pasaran las convulsiones, Heath se colocó encima para hundirse en ella. Apenas había empezado a moverse cuando Cassie explotó de nuevo, violentamente, enredando las piernas en su cintura. Y Heath se perdió en el placer de su calor, en cómo lo encerraba, lo apretaba, lo envolvía, lo hacía suyo. Quería que durase para siempre, para siempre...

Cuando volvió a la tierra, jadeando, sobre ella, no quería separarse ni un centímetro.

—¿Puedes respirar?

Silencio.

—¿Cassie?

Ella tenía los ojos cerrados y, de repente, dejó escapar un gemido de agonía que acabó convirtiéndose en una carcajada.

—Tonta —sonrió Heath—. ¿Qué tal?

Ella le dio un empujón.

—¿Eso significa que te ha gustado?

—Sabes que sí.

—Sí, lo he oído alto y claro.

Cassie se puso colorada. Asombroso. La dura Cassie Miranda se avergonzaba de disfrutar del sexo.

—Quédate a dormir conmigo.

—¿Para ver si vuelves a tener suerte?

No, no era verdad. Pero le seguiría el juego.

—¿Y si fuera así?

—Entonces, me quedo. ¿Puedes dormir con la luz encendida?

—Lo que tú digas... ¿por qué te da miedo la oscuridad?

—No quiero hablar de eso.

—¿Por que no?

—Porque suena estúpido.

—Los miedos suelen serlo, pero eso no los hace menos reales.

Ella no respondió enseguida.

—Mi ángel de la guarda no puede encontrarme en la oscuridad —dijo por fin, con los ojos cerrados.

—Háblame de tu ángel —murmuró Heath.

—Cuando vine a San Francisco a vivir con mi abuelo no podía dormir por las noches. Mi madre murió de noche y supongo que pensaba que mi abuelo podía morir también si me quedaba dormida. A saber lo que piensa una niña de cinco años. Bueno, el caso es que mi abuelo puso una lucecita de emergencia en mi habitación para que mi ángel de la guarda pudiera encontrarme y me diera un beso todas las noches. Y así me quedaba dormida.

Su voz se había vuelto muy suave, como si de nuevo tuviera cinco años.

—Cassie...

—Es la primera vez que lo cuento. Nunca he dormido con nadie porque no quería contarlo.

—Gracias por confiar en mí.

Ella se movió un poco, pero no para alejarse sino para acercarse más. Y metió una pierna entre las suyas.

—Cuando murió mi abuelo yo tenía nueve años y me llevé la lucecita a la primera casa de acogida. Los niños con los que compartía habitación se quejaban porque no podían dormir, así que me la quitaron. Yo grité y grité... Por fin, me dejaron dormir en la bañera, así pude dejar la luz encendida. Se libraron de mí enseguida, claro.

Heath apretó los dientes. Era una niña, una niña de nueve años que acababa de quedarse sola en el mundo. Una niña que había perdido a su madre, adicta a las drogas...

—Y también tenía un cuchillo.

—¿Un cuchillo?

—Era de mi abuelo, con el que me hacía las figuritas de madera. Es lo único que me dejó al morir. Dije que lo había tirado para que no me lo quitaran, aunque los asistentes sociales especulaban en sus informes, diciendo que lo guardaba en alguna parte —sonrió Cassie—. ¿Crees que estoy loca?

—No, ¿por qué? Creo que fuiste muy valiente.

—Una simple superviviente, como tantos otros.

—No, mucho más que eso.

Cassie bostezó.

—Estoy cansada.

—Duerme —dijo él—. Tu ángel de la guarda velará por ti.

—Gracias, Gabriel.

Un minuto después estaba dormida. Heath pensó en esa terrible infancia, en la gente que había perdido, en lo sola que debía haberse sentido durante aquellos años...

Luego pensó en Kyle, su hijo, que estaría vivo si no fuera por su arrogancia.

Danny empezó a llorar en ese momento. Cassie ni se movió cuando Heath se levantó de la cama para apagar el monitor. Encontró la camiseta y el pantalón del pijama tirados en el suelo y cuando iba a salir de la habitación, vio que Cassie se incorporaba.

—Yo voy también —dijo, medio dormida.

—No, quédate. Luego te toca a ti.

Ella se levantó de todas formas.

—He dicho que yo también voy.

Heath esperó hasta que se puso el pijama y bajaron juntos la escalera, de la mano, para atender a su hijo.

## Capítulo 12

«**H**oy es el día», pensó Heath. El primer día del resto de su vida. Cliché o no, era la verdad. Los jardineros habían terminado de desbrozar el jardín, dejando un paisaje abierto, como había pretendido al construir la casa.

Su coche, su precioso descapotable, había vuelto del taller con un cambio de aceite y estaba en la puerta del garaje, esperando, dispuesto a llevar a Cassie y Danny a dar una vuelta en cuanto ella volviera de trabajar.

Cassie llevaba una semana viviendo allí y había pasado cada noche en sus brazos. Por fin, su casa se llenaba de risa, de alegría, de luz.

Había tomado una decisión sobre quién sería el tutor de Danny si a él le pasaba algo. Y, para ello, había llamado a Kerwin, que tendría que ponerlo por escrito.

Heath estaba de muy buen humor aquel día. Aún no había abierto las persianas de su estudio, pero iría poco a poco. Tener a Danny no lo resolvía todo, pero había conseguido darle la vuelta a su vida.

Y luego estaba Cassie. La complicada, sexy, remota Cassie. Había tantas cosas que quería saber sobre ella...

Oyó su coche en el camino y bajó a recibirla.

—¿Vas a algún sitio?

—No, he pensado que *podríamos ir* a algún sitio.

—¿La vuelta al mundo en 80 días?

—La vuelta a la ciudad en 60 minutos. ¿Te parece?

—Me parece muy bien. ¿Cómo está Danny?

—Son las cinco y media y no está llorando.

—Ah, un progreso.

—Oye, por cierto, mi abogado me dijo que debía nombrar un tutor... por si me pasaba algo. Y quiero que seas tú.

Cassie lo miró, sorprendida.

—Pero tus padres...

—Ellos siempre serán sus abuelos. Pero a ti te importa Danny. Sé que te importa de verdad.

Cassie tragó saliva.

—Gracias, es un honor. De verdad.

En ese momento sonó el teléfono.

—Seguramente será Kerwin. Le he dejado un mensaje... ¿Sí?

—Soy yo.

Cassie fue a la habitación de Danny para ver si estaba despierto.

—¿Has recibido mi mensaje? —preguntó Heath.

—Sí, sí... Oye, no sé cómo decirte esto.

—¿Qué?

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

—Acaban de llegar los resultados de la prueba de ADN. Tú no eres el padre de Danny.

—Vamos a dar una vuelta con papá. ¿Qué te parece? Te gusta ir en el coche, ¿verdad?

No oyó a Heath entrando en la habitación pero, de repente, estaba a su lado.

—Mira, se le ha caído el cordón... ¿qué pasa?

—No es mi hijo.

—¿Qué?

—La prueba de ADN demuestra que Danny no es hijo mío.

Cassie tragó saliva. No podía moverse, no podía decir nada. Ella lo había sospechado. Había sospechado que Eva mentía para sacarle dinero...

—Heath...

—No digas nada.

Unos segundos después oyó que cerraba la puerta de su estudio. Despacio, muy despacio. Habría preferido que cerrase de un portazo.

Cassie tomó al niño en brazos y lo apretó contra su corazón. Sabía que era demasiado bonito para ser verdad. ¿Un hombre al que amar? ¿Un niño que fuera suyo? No, nada de eso era para ella. La única vez que había querido creer que era posible... que quiso creerlo con toda su alma...

Cuando miró la carita de Danny tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar. Pobre niño, el peón en el absurdo juego de Eva Brooks. ¿Qué clase de persona comete un acto tan vil?

¿Se recuperaría Heath? ¿Podría soportar aquel golpe?

Suspirando, envolvió a Danny en una manta y salió al jardín para pasear un rato. No sabía qué hacer, cómo consolar a Heath.

Volvió después a la casa para darle el biberón y meterlo en su cuna. Peor cuando se inclinó para darle un beso, se le escapó un sollozo que le salió del alma.

—Buenas noches, cariño.

Se quedó al pie de la escalera hasta que pudo reunir valor para subir al estudio de Heath.

—No quiero que vengas a consolarme —dijo él.

—No, lo sé. Pero tenemos que hablar.

—Ya.

—Además del resultado de la prueba, ¿qué más te ha dicho tu abogado?

—Que tengo que llevar a Danny... al niño al departamento de Servicios Sociales.

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Cómo que no?

—Yo conozco bien el sistema. Si no quieres llevarlo, no tienes por qué hacerlo. Primero hay que encontrar a Eva.

—No entiendo...

—Eva te dejó el niño a ti. Incluso firmó un documento. Eso cuenta. Tú tienes una casa, puedes cuidar de Danny... Además, yo no lo dejari en manos de los Servicios Sociales por nada del mundo, te lo digo por experiencia. Si tú no lo quieres, me lo llevaré yo.

—Lo dices como si pudieras quedártelo.

—No sé si podría, pero desde luego me quedaría con él hasta que encontrara a su madre. O a su padre.

Heath se pasó una mano por la cara.

—¿Por qué me ha hecho esto, Cassie?

—No lo sé. Supongo que te eligió... quizá porque sabía que necesitabas un hijo.

—Ya, claro.

—Heath, ahora sabemos que el niño tiene un padre. Y seguramente Eva no quiere que él sepa nada.

—Pero Eva debía imaginar que yo tendría que hacerme una prueba de paternidad...

—Y contaba con que para entonces te habrías encariñado tanto con el niño que no querrías deshacerte de él.

—¿Puedo quedarme con Danny?

—No lo sé. Pero no tienes por qué llevarlo a los Servicios Sociales todavía. Puedes esperar.

—Esperar...

—¿Qué vas a hacer, Heath?

Él se quedó en silencio durante largo rato.

—Sería como... un padre de acogida, ¿no? Tenerlo en casa hasta que encontrase una familia. Quererlo y dejarlo ir después.

—Sí.

—No quiero dárselo a nadie, Cassie.

—Yo tampoco.

—Pensé que quizá Eva intentaría quitármelo, pero esto... esto no se me había ocurrido.

—¿Qué quieres hacer? —repitió Cassie, intentando contener las lágrimas.

Danny, su niño.

—¿Qué debo hacer?

—Yo llamaría a la policía para ver si alguien ha denunciado su desaparición. Y luego hablaría con Servicios Sociales para decir que vas a quedarte con el niño durante un tiempo porque es muy pequeño y ha estado en tu casa desde que nació. No intentarán arrebatártelo, te lo aseguro. Les sobran los niños abandonados.

—Muy bien. Eso haremos. ¿Crees que podría... adoptarlo? Si Eva no lo quiere y no encontramos al padre...

—Existe una posibilidad, sí. Pero tu abogado debe explicar bien el caso a las autoridades. Si alguien tiene posibilidades de adoptarlo, eres tú.

Cassie quería abrazarlo, decirle que todo iba a salir bien. Se le rompía el corazón al ver cómo estaba sufriendo.

—Voy a llamar por teléfono a Johnson, mi contacto en la policía para casos de personas desaparecidas.

—Muy bien.

Cassie fue al cuarto de baño para lavarse la cara. Quería estar a solas un momento para llorar. Y lo hizo, tapándose la cara con la toalla para que Heath no la oyera.

Después, un poco más calmada, volvió al salón y sacó el móvil del maletín.

—¿Johnson? Soy Cassie Miranda.

—¿Cassie! ¿Cómo estás, cariño?

—Muy liada, como siempre. Oye, estoy trabajando en un caso en el que tú puedes ayudarme.

—Dime.

—¿Podrías mirar si alguien ha denunciado la desaparición de Eva Brooks?

—Espera —murmuró Johnson, tecleando en el ordenador—. No, no hay ninguna denuncia por el momento. No hay ninguna denuncia oficial.

—¿Qué quieres decir?

—Eres la segunda persona que me pregunta por esa chica.

—¿Quién más ha preguntado?

—Un abogado.

—¿Kerwin Rudyard?

—No... a ver... ah, sí. Brad Torrance.

El jefe de Eva. El abogado de Heath.

—Muy bien, gracias Johnson. Oye, si sabes algo dame un toque, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Cuídate.

—Tú también.

Cassie colgó y miró a Heath, que estaba esperando, ansioso.

—Brad Torrance ha hablado con la policía sobre Eva Brooks.

—¿Torrance?

—Es su jefe, al fin y al cabo. Aunque me sorprende... Eva ha desaparecido, pero debería haber sido el director de Recursos Humanos el que llamara a la policía, no el propietario del bufete. ¿No te parece?

Cassie y Heath se miraron.

—¿Qué sabes de Torrance?

—Que está casado y su mujer espera un hijo. Pero no somos amigos, apenas nos hemos visto un par de veces.

—¿Y cómo sabes que su mujer está embarazada?

—Porque me lo contó Eva.

—¿Y por qué salió esa conversación precisamente?

—No sé... creo que pasó por la oficina un día y estuvieron charlando sobre el embarazo. ¿Crees que Torrance podría ser el padre?

—Podría ser —contestó Cassie—, Eva no quería que nadie en el bufete supiera quién era el padre...

—Creo que debería llamarlo.

—Sí, buena idea. Pero no esta noche. Mañana, a la oficina. Y tendrás que ser cauto.

—Lo he sido desde que tenía dos años.

Danny empezó a llorar en ese momento y Cassie miró a Heath, que parecía indeciso. Pero se levantó unos segundos después.

—Voy a darle el biberón.

Ella apretó su brazo, pero lo dejó ir, en silencio. Y luego bajó a la cocina para hacer una cena que no le apetecía a ninguno de los dos.

Durante un día más, podían fingir que Danny era hijo suyo.

\*\*\*\*\*

Heath no sabía qué hacer. No quería hablar, no quería hacer el amor. No quería nada ni sentía nada. Llorar por Danny abriría una puerta que no quería abrir... No estaba preparado para eso. Todavía no.

Pero cuando estaba viendo el programa de David Letterman, Cassie llamó a la puerta de su habitación.

—Hola. Me siento un poco sólita.

—Entra.

—¿Seguro? ¿Quieres estar solo?

—No, no... pasa.

Estuvieron viendo juntos el programa, sin decir nada, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Después, sin pensar, la abrazó y ella apoyó la cara sobre su pecho.

Un minuto después, Heath sintió una lágrima en su cuello, luego otra, y otra. Tuvo que tragar saliva.

«Ah, Cassie, ojalá pudiera llorar yo. Pero no puedo».

—Vamos a dormir —murmuró.

—No quiero...

—A dormir, sólo a dormir.

—Muy bien.

Había una barrera entre ellos, aunque estaban abrazados, aunque no podían estar más cerca el uno del otro. Heath sabía que ella estaba despierta... hasta que Danny empezó a llorar.

Pero aquella vez Cassie dejó que bajara solo.

## Capítulo 13

Cassie despertó sobresaltada y encontró la cama vacía. Cuando miró el reloj comprobó que eran las nueve de la mañana. ¿Cómo podía haber dormido de un tirón?

Después de ducharse a toda prisa, bajó la escalera corriendo, haciéndose la coleta...

—¡Estoy en la cocina! —la llamó Heath.

—Me he quedado dormida...

—Estabas muy cansada —sonrió él.

—¿Cómo está Danny?

—Bien. A punto de tomar el biberón.

—¿Has llamado a Brad Torrance?

—No creo que llegue al despacho antes de las nueve. Lo llamaré cuando Danny se haya dormido.

Media hora después no podían retrasarlo más. Danny estaba dormido, la casa en silencio...

Subieron al estudio y Cassie se sentó frente al escritorio mientras él descolgaba el teléfono.

—Todo va a salir bien, ya verás.

—Eso espero.

—¿Cómo estás, Heath? —lo saludó Torrance.

—Bien. ¿Y tú?

—Ocupado, como siempre. Bueno, dime, ¿qué querías?

—Quería hablarte de Eva Brooks.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

—Dime.

—Sabes que solía pasar por aquí una vez a la semana para traerme papeles.

—Sí, claro.

—Supongo que ya habrá tenido el niño y... en fin, como sé que es madre soltera y no debe estar pasándolo nada bien, pensaba enviarle un regalo.

—¿Cómo sabes que es madre soltera?

—Ella me lo contó.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Cuando pidió la baja por maternidad, creo.

—¿No has vuelto a hablar con ella desde entonces?

—No. ¿Por qué?

—Porque ha desaparecido —contestó Torrance.

—¿Ha desaparecido? ¿Qué quieres decir?

—Que no está por ninguna parte. No sabemos nada de ella.

—¿Habéis denunciado su desaparición a la policía?

—No. Por lo visto, le dejó una nota a su compañera de piso diciendo que se marchaba de la ciudad o algo así. No hay razón para llamar a la policía.

Cassie escribió una nota a toda velocidad: *Pregúntale si han llamado al hospital para ver si ha tenido el niño.*

—¿Sabéis si ha tenido el niño?

—No, creo que no... oye, me sorprende tu interés.

—Bueno, ya sabes que yo no veo a mucha gente. Y Eva era una chica muy simpática —respondió Heath—. Pero en fin, si no sabes nada, no quiero molestarte más.

Después de colgar, se quedó mirando a Cassie.

—¿Qué te parece?

—Me parece muy raro que no te haya dicho que llamaras al jefe de Recursos Humanos o al jefe directo de Eva. Parece tener un interés personal por ella y eso no es normal en un bufete tan importante. Además, sabemos que ha llamado a la policía.

—Eso no prueba nada.

—No, claro... ¿sabes si Eva ha cobrado el cheque que le diste?

—No lo sé.

—Llama al banco.

—¿Para qué?

—Se me ha ocurrido una idea...

Heath llamó al banco y colgó un segundo después.

—No ha cobrado el cheque.

—Aja. —¿Ajá?

—¿Le habías dado dinero en otras ocasiones?

—Sí.

—¿Y cobraba los cheques?

—Inmediatamente.

—Ya.

—Cassie.

—Perdona, es que estaba pensando... voy a pasarme por los Servicios Sociales.

—¿Seguro que no pueden quitarme a Danny?

—No estoy segura del todo, pero creo que no.

—Lláname en cuanto sepas algo.

—Claro. Y no te quedes ahí, dándole vueltas...

—Ya. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Lláname, Cassie.

—Sí, no te preocupes.

—O sea, que los Servicios Sociales dejarán que Heath se quede con el niño por el momento —estaba diciendo Jamey.

—Mientras yo viva en su casa. A él no le conocen, pero a mi sí.

—Te estás metiendo en esto hasta el cuello, Cass.

—¿Y te parece mal?

—No, pero... estás enamorada, ¿verdad?

—Sí —contestó ella, sin pensar.

—Pero si casi no lo conoces...

—Una locura, ¿verdad?

—¿Él siente lo mismo por ti?

La pregunta mágica. Cassie sabía que Heath estaba interesado en ella, que le gustaba, pero... ¿enamorado? No sabía si Heath Raven era capaz de amar a alguien.

En ese momento sonó su móvil.

—¿Sí?

—Soy Darcy, la compañera de Eva Brooks. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo. Dime, Darcy —contestó Cassie, con el corazón acelerado.

—Eva ha llamado para decir que iba a pasar por el apartamento para buscar sus cosas, pero he cambiado la cerradura. Como me debe dinero...

—¿Va a ir al apartamento?

—Sí, he quedado con ella después de trabajar y había pensado que tú podrías hablar con ella, ya sabes. Para que me pague lo que me debe.

—¿A qué hora?

—A las cinco y media —contestó Darcy.

—Muy bien, allí estaré.

—No puedes secuestrarla —dijo Jamey—. Ni puedes obligarla a hablar.

—Pero puedo intentar convencerla, ¿no?

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto, llamar a Heath. Quiero que vaya al apartamento conmigo. Quizá entre los dos... Además, tendrá que llevar a Danny y es posible que al verlo, a Eva se le ablande el corazón.

—Te deseo suerte —suspiró Jamey.

Una hora después, Heath llegaba al edificio en su descapotable.

~¿No podías haber aparcado en otro sitio para que Eva no viera tu coche?

—No te preocupes, no lo ha visto nunca. Siempre estaba en el garaje.

—Pero podría haberte visto... mira, ahí está.

Eva había recuperado la figura enseguida, pensó Cassie. Nadie podría decir que había dado a luz unas semanas antes.

—Espera —murmuró cuando Heath iba a abrir la puerta del coche—. Deja que llegue Darcy. Saca a Danny de la sillita, así podremos salir en cuanto aparezca.

Dos minutos después llegó su compañera de piso y cuando subieron al apartamento podían oír la bronca desde el rellano.

Cassie llamó al timbre y Darcy abrió enseguida.

—¿Qué...? —Eva se quedó helada—. ¿Qué hace aquí?

—¿Te importaría salir un momento? —preguntó Heath, dirigiéndose a Darcy.

—De eso nada —contestó la chica, dejándose caer en el sofá—. Esto tengo que verlo.

—Siéntate, Eva.

Ella obedeció, con expresión beligerante.

—Yo no soy el padre del niño. Y quiero que me digas quién es.

## Capítulo 14

**H**eath observó la expresión de Eva. No iba a ponérselo fácil.

Intentando apelar a su instinto maternal, dejó la sillita en el suelo, a su lado, y puso la mano sobre la piernecita de Danny.

El niño abrió los ojos. Ya fijaba la mirada en la persona que tenía más cerca. Estaba empezando a desarrollar su propia personalidad...

—Mira a este niño, Eva, y explícame cómo puedes ser tan cruel como para negarle a su padre.

La chica se negó a contestar.

—Es Brad Torranee, ¿verdad?

—¿Tu jefe? —exclamó Darcy—, Por favor...

—¿Lo es?

Eva se cruzó de brazos.

—¿Y qué si lo es?

—¿Te has puesto en contacto con él? ¿Sabe que Danny... que el niño es hijo suyo?

—¡No, no lo sabe! ¡Está loco y su mujer está más loca todavía! ¿Crees que dejaría que se quedara con mi hijo?

—¿Su mujer sabía que teníais una aventura?

—¿Una aventura? —rió Eva—. No hubo ninguna aventura. Yo he sido... una madre de alquiler. Con su espermatozoides y los óvulos de ella.

Heath y Cassie se miraron, atónitos.

—¿Qué?

—Me pagaron. Era un trabajo, nada más. No podía contárselo a nadie porque, al fin y al cabo, era hijo suyo.

—Pero si su mujer está embarazada...

—¿Embarazada? ¡Lleva una cojín bajo el vestido para parecerlo! Y cada vez se lo ponía más grande, según estuviera yo de gorda... ¡Te digo que está como una cabra!

—Pero este niño es hijo suyo, Eva. No tenías derecho a hacerme creer que yo era el padre. Te comprometiste con ellos...

—¿Sabes una cosa? Tú eras lo único normal en mi vida mientras estaba embarazada —lo interrumpió Eva—, Brad y su mujer estaban todo el tiempo dándome la charla, que si comía, que si dormía, que dónde iba, con quién salía... Me convertí en una posesión de los Torrance. Y cuando estaba embarazada de ocho meses querían que me fuera a vivir a su casa, que me convirtiera en su prisionera. No, de eso nada. Me habría ahogado. Yo sólo estaba haciendo un trabajo por el que me habían pagado...

—¿Por qué no has cobrado el cheque que te dio Heath? —preguntó Cassie.

—Le pedí el cheque porque quería que creyera mi historia. Pero no pensaba cobrarlo —contestó Eva—, No sabía qué hacer. Quería al niño y... —la chica empezó a llorar— Lo había llevado dentro de mí durante nueve meses y sentía que era mío, pero sabía que no podía ser...

—Tranquila, mujer —intentó calmarla Heath.

—No sé por qué te dije que el niño era suyo, quizá porque ellos me trataban como si fuera un experimento, un tubo de ensayo. Tú me tratabas como a una persona, como si fuera alguien especial.

—¿No pensabas decirles nada a los Torrance?¿Pensabas desaparecer así como así? —pregunto Cassie.

—Los he llamado por teléfono. Seguramente ahora mismo estarán en tu casa.

—Podrías meterte en un buen lío por este ¿lo sabes?

—Mira, sé que he hecho mal, pero los Torrance están completamente locos y me volvieron loca a mí. No podían tener hijos y, según ellos, sería tan fácil... bla, bla, bla. Pero luego no me dejaban en paz.

Heath se levantó, suspirando.

—Cassie, déjame tu móvil, por favor.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a Brad Torrance. ¿Sabes el número de su móvil, Eva?

Ella se lo dio, sin mirarlo.

—¿Brad? Soy Heath Raven. Tengo aquí a tu hijo... no te preocupes. Está bien.

—¿Lo tiene Heath, está con él! —exclamó Torrance.

—¿Estás en mi casa?

—Sí, acabamos de llegar.

—No te muevas de ahí, nos vemos en media hora. Pero antes quiero saber si vas a presentar cargos contra Eva Brooks.

—¿Ese niño es hijo mío?

«No, es mi hijo», habría querido contestar Heath. Pero sabía que no era verdad.

—Sí, es tu hijo.

—No vamos a presentar cargos contra Eva.

—¿Seguro?

—Sólo nos interesa el niño.

—Muy bien.

Heath colgó y se quedó mirando a Eva, que estaba restregándose las manos, incómoda.

—Has tenido mucha suerte. No van a hacer nada contra ti.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¡Claro que estoy enfadado contigo! ¿Sabes lo que me has hecho pasar?

—Yo...

—Déjalo, no quiero seguir hablando.

Salieron del apartamento sin decir nada más. Heath colocó la sillita de Danny en el asiento trasero del coche y después se dejó caer frente al volante, agotado.

—Eres un buen hombre —murmuró Cassie—, Otro no la habría dejado irse así, de rositas.

—Ya tiene suficiente con lo que ha hecho. No es una mala persona, es que... no sé, es demasiado joven, supongo. Además, debería darle las gracias. Me ha dado fuerzas para vivir otra vez, Cassie. Danny ha cambiado mi vida.

«Y gracias a él te he conocido a ti». Ella asintió. Pero no podía mirar a Danny. No quería, no podía mirarlo.

Ya había roto la conexión con él. Tenía que hacerlo.

Los Torrance estaban esperando en la puerta, con expresión angustiada.

La señora Torrance se llevó una mano al corazón al ver al niño y Brad abrazó a Heath, emocionado.

—Gracias. Muchas gracias por todo.

—Tengo ropa y...

—Nosotros tenemos todo lo necesario —lo interrumpió la señora Torrance.

—Habíamos decorado una habitación para él —murmuró Brad.

—Quiero irme ya —insistió su mujer.

—Anna, por favor... Perdónala, es que lo ha pasado muy mal.

—Ya.

—Bueno... te llamaré después, cuando lleguemos a casa.

—Muy bien.

—¿No podemos despedirnos de Danny? —preguntó Cassie al ver que estaban metiendo la sillita en el coche—. Después de todo lo que hemos pasado...

—Cassie...

Había pensado que no podía mirarlo, que no volvería a mirarlo, pero tenía que decirle adiós. Al menos, tenía que decirle adiós.

—Danny...

—Tienen que irse, Cassie. Tienen que llevarlo a su casa.

La pareja entró en el coche como si no hubiera pasado nada, como si aquello no tuviera importancia para Heath y para ella.

Pero de repente se abrió la puerta y Anna Torrance salió con Danny en brazos.

—Puedes decirle adiós —murmuró, con lágrimas en los ojos—. Perdona... perdóname, es que estaba tan angustiada...

Cassie se abrazó al niño. «No llores, no llores», se decía.

—Te quiero —murmuró, apretándolo contra su corazón—. Sé bueno con tus papás.

Iba a dárselo a Heath, pero él negó con la cabeza.

—Gracias, Anna.

—Cuidad bien de él —dijo Cassie.

—Yo... no sé cómo te llamas.

—Cassie Miranda —contestó ella, dando un paso atrás. No podía mirar. No podía ver cómo aquel niño precioso desaparecía de su vida.

Cuando se quedaron solos, Heath dejó escapar un suspiro. Y cuando Cassie lo miró a los ojos algo se le rompió por dentro. Un sonido inhumano escapó de su garganta, un sonido desesperado, roto. Luego, las lágrimas empezaron a rodar por su rostro...

Heath la abrazó, la apretó muy fuerte, tanto que casi no podía respirar. Daba igual. No quería respirar.

Ella no conocía a aquella persona, a aquella Cassie, pero sabía que no estaba llorando sólo por Danny, sino por su madre, por su abuelo, por su infancia rota. Y le daba las gracias de corazón a Heath por estar a su lado en aquel momento.

Él no decía nada, pero su cuerpo era como de acero, un sitio en el que apoyarse, en el que buscar consuelo.

—Necesito un pañuelo —dijo Cassie mucho después.

—Usa mi camisa.

Ella sonrió. ¿Habría llorado Heath? No, su rostro mostraba un terrible dolor, pero Heath Raven no encontraba consuelo en las lágrimas.

El la besó entonces, un beso largo, tierno. Luego la apretó contra su corazón, mirando el horizonte. Parecía hecho a propósito. El sol se ponía cuando se cerraba aquel capítulo de sus vidas.

No debería ser tan bonito, pensó Cassie. Pero había unas nubes oscuras en el horizonte, tragándose el color naranja, el majestuoso púrpura...

¿Ahora qué?, se preguntó. ¿Qué iba a pasar?

Acababa de despedirse de un niño al que había entregado su corazón. ¿Podía despedirse también de Heath Raven?

—Vamos dentro —dijo él.

Cassie supo entonces que iba a encontrar respuesta a sus preguntas.

## Capítulo 15

**L**a puerta del cuarto de Danny estaba abierta. Fue lo primero que vio Heath al entrar en la casa. Eso y el chupete en medio de la mesa. Un chupete que no tenía sentido, que ya no valía para nada.

No se movió. Ninguno de los dos lo hizo. Era como si no supieran dónde ir.

—Heath...

—¿Quieres que subamos a la habitación? —preguntó él.

—Yo... sí.

—Tengo que dormir. Sólo dormir.

Se metieron en la cama, en silencio, como dos extraños. Pero una vez allí, Heath tuvo que buscarla.

—Cassie...

Era absurdo, pero deseaba hacer el amor con ella como no lo había deseado nunca, con una desesperación que lo asfixiaba. Y ella no protestó, todo lo contrario.

Lo hicieron deprisa, sin hablar, emitiendo gemidos y sonidos guturales, jadeando. Cassie enredó las piernas en su cintura, clavando las uñas en su espalda, empujándolo. Llegaron al éxtasis a la vez, salvajemente, como si así consiguieran alejar el dolor, olvidarse de él.

Y después...

Cassie le pasó una mano por el pelo, con los ojos llenos de lágrimas. Era tan hermoso que la dejaba sin aliento.

Y le dolía tanto que aquella fuera su última noche con él.

Cenaron sándwiches de pavo en el porche mientras miraban cómo la luna se escondía detrás de las nubes. El aire olía a lluvia, algo raro en septiembre en San Francisco. Luego, cuando volvieron a la cama, empezó a llover. Una lluvia violenta, una tormenta que lo lavaba todo.

Ninguno de los dos dijo nada. Dejaron las persianas subidas y observaron la lluvia golpeando los cristales mientras se acariciaban, en silencio.

Ninguno de los dos mencionó a Danny o el futuro. Parecía lo mejor por el momento. La luz del día los devolvería a la realidad.

—¿Cansada? —preguntó Heath.

—Mucho.

—Duérmete.

—Puedes apagar la luz, si quieres.

—¿Estás segura?

—Quiero intentarlo.

Heath apagó la lámpara y la abrazó. Sin luna, la habitación estaba completamente a oscuras.

Él la besó en la frente.

—Mi ángel de la guarda me ha encontrado en la oscuridad —murmuró Cassie—. Gracias.

Heath estuvo despierto hasta que ella se quedó dormida. Y luego cerró los ojos, intentado olvidar.

## Capítulo 16

Cassie dejó la maleta en el pasillo, delante de la puerta, donde Heath podría verla cuando bajara de la habitación. La había hecho mientras él dormía.

Y esperó. Y esperó.

Supo cuándo Heath se había despertado. No le oía moverse en el piso de arriba, pero lo supo. Después, lo intuyó al final de la escalera, mirando la maleta.

Cassie se levantó, nerviosa. Heath se había puesto unos vaqueros, nada más.

—¿Te vas?

Ella asintió con la cabeza.

«Porque te quiero. Porque ya estás listo para volver al mundo y tu vida va a cambiar. Y porque yo te recordaría a Danny, una pérdida más».

Sabía que Heath tenía que vivir. Había estado encerrado en aquella casa tanto tiempo... Además, no le había contado nada de Kyle. Por eso sabía que no estaba preparado para tener una relación con ella.

Había sido una ilusión, la ilusión de formar una familia. Y tenía miedo porque las ilusiones se destrozaban con tanta facilidad.

—¿Por qué te vas?

—Porque mi trabajo ya está hecho.

—Ya veo. De modo que sólo estabas aquí por Danny.

—No quiero hacerte daño...

—Ya, claro.

—Es verdad. Puede que no lo entiendas ahora, pero espero que lo hagas algún día. Adiós, Heath.

El no dijo nada.

Cassie tomó la maleta y abrió la puerta. No quería mirar atrás, pero tuvo que hacerlo.

Y fue mucho peor de lo que había esperado. Pensó que podrían hablar, que podrían despedirse, pero... era imposible. Tenía tantas razones para darle las gracias, pero no iba a poder hacerlo.

«Vive otra vez», le habría gustado decirle. «Ama otra vez». «Yo te querré siempre».

Cassie cerró la puerta y entró en su coche. El sol bañaba la casa que ahora parecía llena de vida. De esperanza. De futuro.

Todo lo que faltaba el día que llegó.

Tendría que conformarse con eso.

Heath estaba en el salón, mirando al vacío. Cassie se había ido. Se había ido para siempre.

Se había equivocado con ella.

No, eso no era verdad. Había sabido desde el principio que estaba allí por Danny, pero... había pensado, había confiado...

Absurdo, se dijo. No tenía derecho a soñar con una nueva vida.

Intentó trabajar, pero no podía concentrarse en nada. Levantó la mirada, pero delante de él sólo había paredes y persianas bajadas.

Iba a levantarlas, pero no... no estaba preparado para eso. Quizá no lo estaría nunca.

Entonces volvió a concentrarse en el ordenador. Tecleó la palabra Kendall, su agencia de seguros, pero sin saber cómo había tecleado Kyle y en la pantalla apareció un archivo.

Una fotografía de su hijo.

La recordaba bien. La había hecho en New Hampshire, antes de que...

No la había visto en tres años.

Kyle. Kyle con los ojos verdes, como los suyos, sonriendo, con el pelo rubio de su madre. Estaba cantando una canción infantil cuando Heath hizo la fotografía y tenía las manitas levantadas...

Heath puso la mano sobre la pantalla del ordenador... aquella sonrisa, la barbilla tan parecida a la suya. Pasó los dedos por sus cejas, por su nariz... y se quedó sin aliento. No le llegaba aire a los pulmones y se abrazó a la pantalla, llorando. Las lágrimas rodaban por su cara como ríos. Horribles, espantosos sollozos salían de su garganta.

—¿Por qué no fui yo? ¿Por qué él? ¿Por qué tuvo que morir mi hijo y no yo?

Se rindió al sentimiento de culpa, al desprecio por sí mismo, por la arrogancia que había sido su perdición.

Se levantó y empezó a tirar libros, a tirar todo lo que encontraba a su paso contra la pared hasta que, por fin, cayó de rodillas y lloró por su hijo muerto, por la luz de su vida, la luz que se había apagado tres años antes.

Pasaron horas hasta que pudo levantarse y tomar el teléfono para marcar el número de sus padres en New Hampshire.

—¿Sí?

—Papá, soy yo...

—¿Hijo, qué te pasa?

—Vuelvo a casa, papá.

## Capítulo 17

Cassie estaba mirando por la ventana de la sala de juntas de ARC. La bahía de San Francisco estaba llena de barcos y de surfistas, como siempre.

Quinn había pedido una reunión esa mañana nada más volver de un viaje por todo el mundo en el que había estado protegiendo a un ejecutivo que, por lo visto, tenía enemigos en todas partes.

Ojalá ella pudiera marcharse, pensaba. Irse lejos de allí para olvidar. Para dejar de pensar.

—Hemos recibido un cheque de Heath Raven —estaba diciendo su jefe—. Pero aún no le habíamos enviado la factura, así que adjunta una nota diciendo que le llamemos para decir si debe algo más o debemos devolverle una parte.

Cassie sintió que Quinn estaba mirándola. Y Jamey también.

—No le he enviado la factura.

—¿Piensas hacerlo?

—No. Devuélvele el cheque... yo pondré el dinero de mi bolsillo.

—¿Te has saltado la regla número uno, Cassie?

«No mantener relaciones personales con los clientes».

—Me temo que sí.

—¿Por el niño?

—Al principio, sí.

—Si me enfado será como lo de «le dijo la sartén al cazo», ¿no?

—Tu mujer no era una cliente —le recordó Ja— mey.

—Pero casi. Muy bien, Cass, no pasa nada.

—Gracias.

—¿Cuándo viste a Raven por última vez?

—Hace diez días. Nos hemos despedido.

—¿No piensas volver a verlo?

Ella negó con la cabeza. Heath ni siquiera había intentado convencerla para que se quedara. Ni siquiera le había dicho adiós.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque ha llamado hace un rato preguntando por ti...

—¿Qué?

—Dijo que habíais dejado cosas sin resolver...

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —lo interrumpió Cassie, histérica.

En ese momento sonó el móvil de Quinn.

—Debe ser él. Le he dicho que llamara cuando llegase y le abríamos la puerta...

Cassie salió de la sala de juntas y entró corriendo en su despacho.

Tenía que calmarse, se dijo. ¿De qué querría hablar? Era demasiado pronto para que volvieran a verse. Debería esperar un año para volver a vivir como una persona normal...

—No tienes que verlo —dijo Jamey.

—Tengo que hacerlo. Soy débil.

—Ya, seguro. Eres la mujer más fuerte que conozco... que tiene debilidad por un hombre. Deja que hable, Cass. Puede que te sorprenda.

—¿Para bien o para mal?

Jamey apretó su brazo y la dejó sola en el despacho, esperando.

Unos minutos después, Heath llamaba a la puerta.

—Entra —murmuró ella, con el corazón en un puño.

—Hola, Cassie.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Bien, gracias ¿Y tú?

—He estado en el infierno, pero creo que ya se ha terminado. ¿Puedo sentarme?

—Claro.

No tenía mal aspecto. De hecho, estaba muy guapo. Y se había cortado el pelo.

—He ido a ver a mis padres.

—¿A New Hampshire? —Sí.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba enfrentarme por fin con la muerte de Kyle.

—¿Y estar con tus padres te ha ayudado?

—Sí.

—¿Por qué?

Heath dejó escapar un suspiro.

—Hace cuatro años diseñé un colegio para la comuna en la que viven mis padres. Un colegio privado, moderno y cómodo con calefacción y aire acondicionado, laboratorios, de todo. Hice el proyecto sin cobrar nada, pero quería hacer algo más, así que compré un autobús para que los niños no tuvieran que ir andando en invierno. Ya sabes que en New Hampshire nieva mucho.

Cassie tragó saliva.

Un autobús. Kyle había muerto en un accidente de autobús.

—¿Cómo iban antes al colegio?

—La mayoría, andando. A otros los llevaban sus padres en coche. Yesos padres no querían saber nada del autobús. Según ellos, a los niños les iba bien ir caminando al colegio. Y cuando nevaba mucho, se quedaban en casa. Pero yo insistí en el autobús... mi ego de arquitecto famoso que vuelve a la comuna y quiere impresionar a todo el mundo... Insistí e insistí hasta que, por fin, aceptaron el regalo. Por arrogancia. Una arrogancia intolerable.

Cassie apretó su mano. No sabía qué otra cosa podía hacer.

—Mary Ann, Kyle y yo fuimos a la inauguración del colegio. A mi mujer no le hacía gracia lo del autobús. Decía que era una estupidez gastarse ese dinero si ellos no lo querían. De modo que ella fue en coche y Kyle y yo fuimos en el autobús para empezar la ruta... ya sabes, para ir recogiendo a todos los niños en el camino. Yo me sentía orgulloso y quería que mi hijo se sintiera orgulloso de mí. Y mira lo que conseguí... el autobús patinó y rodó por una pendiente... Todos los niños sobrevivieron; todos menos Kyle.

—Heath...

—Yo no pude salvarlo, no pude hacer nada. Me llamó y no pude salvarlo —repitió Heath, sin mirarla—. Habrás visto que nunca subo las

persianas de mi estudio. Es parte de mi castigo. Construí esa casa para él y para Mary Ann. Me encantaba el paisaje que se veía desde mi estudio y después del accidente decidí que mi castigo sería vivir en aquella casa... y no disfrutar del paisaje. Esta mañana, por primera vez, he levantado las persianas.

Cassie tomó su cara entre las manos.

—Lo siento tanto.

—Gracias —murmuró él, apretando su mano—. Te he traído una cosa.

—¿Qué es?

Heath sacó un sobre y de él, una fotografía. Una fotografía de Heath, Danny y ella.

—Gracias, muchas gracias.

—No sabía si la querías...

—Sí, claro que la quiero. Era tan rico...

—Yo estoy en contacto con Brad. Les va bien. Le han cambiado el nombre al niño, claro. ¿Quieres saber cómo se llama?

—No.

—Muy bien, lo entiendo. Estás muy guapa, por cierto.

—Gracias.

—¿Duermes bien?

—Sí.

—No me mientas, Cassie.

—No, no duermo bien —suspiró ella.

—¿Dejas la luz encendida?

—Sí.

«Porque no hay ningún ángel de la guarda que me bese cuando la apago».

El la miró, en silencio, antes de sacar otro papel del sobre.

—¿Qué es esto?

—El plano de mi casa, con una ampliación.

—No entiendo...

¿Quería vender su casa? ¿Le recordaría demasiado a Kyle?

—Podríamos llamarla «La casa de Kyle».

—¿Qué?

—Sería un refugio, un sitio lleno de niños ruidosos.

—No entiendo... Heath se inclinó hacia delante.

—Ahora sé por que me dejaste tan de repente.

—¿Ah, sí?

—Porque me quieres. Me quieres, ¿verdad? Cassie trago saliva.

—Claro que sí.

—Y pensaste que cuando me encontrase a mí mismo no querría saber nada de ti.

—Quería que vivieras, Heath. Que vivieras todo lo que no has vivido durante estos años.

—¿Tú crees que soy un hombre que no sabe lo que quiere?

—Todo lo contrario.

—Entonces, si te digo algo, ¿me creerás?

—Sí... por supuesto.

—Te quiero, Cassie. Quiero casarme contigo, quiero tener hijos contigo... y que nos hagamos cargo de todos los niños que aparezcan en nuestra puerta. Me he encontrado a mí mismo contigo.

—Y con Danny.

—Con Danny, sí. Pero he podido encontrar un sitio para él en mi corazón. Ya no me duele. Le ayudé durante las primeras semanas de su vida y eso es un regalo, ¿no? ¿Quién sabe qué habría hecho Eva de no haber estado yo allí?

Cassie sonrió, con el corazón lleno de esperanza.

—Te quiero, Heath. Te quiero tanto... tampoco yo estaba completa sin ti.

—Pero te has sacrificado por mí.

—Sí, bueno, es que soy toda una mujer —bromeó ella.

Heath tiró de su brazo para besarla. Cuando el beso terminó, la apretó contra su corazón.

—Voy a visitar todos los edificios que he diseñado, pero que no he visto nunca en persona. Y me gustaría que vinieras conmigo. Así tendríamos tiempo para decidir qué vamos a hacer con el resto de nuestras vidas.

—Muy bien, de acuerdo.

Lo había dicho como si no fuera la frase más importante de su vida, pero él podía verlo en sus ojos.

—Me has devuelto la vida, Cassie. Ahora, yo quiero devolverte la tuya. Para siempre.

Ella le echó los brazos al cuello.

—¿Viviremos felices para siempre, Heath?

—¿Quieres que te lo cuente?

—Sí, por favor.

—Erase una vez una princesa, una mezcla entre Rapunzel y Superwoman...

***Fin.***